

ARTICULO DEL MES

LA VIDA POLITICA Y LOS CICLOS
ECONOMICOS EN LAS DEMOCRACIAS
INDUSTRIALES (*)

Alberto Alesina

(*) Artículo publicado en Economic Policy, nº 8, Abril de 1989, con el título: "Politics and business cycles in industrial democracies". Traducción de Luis Carlos Benito Cardenal.

LA VIDA POLITICA Y LOS CICLOS ECONOMICOS EN LAS DEMOCRACIAS INDUSTRIALES

Alberto Alesina(*)

Harvard University, NEBR y CEPR

Resumen

Son muchos los que creen que los efectos de la lucha entre los partidos políticos sobre la política macroeconómica del país son fuente de fluctuaciones económicas. Se describe a los políticos como dominados por dos motivos principales, no mutuamente excluyentes: ser reelegidos y satisfacer sus prejuicios ideológicos o políticos. Cuando se comparan estas teorías con los ciclos reales de diversos países industriales, las pautas de inflación, desempleo, producto y déficit presupuestarios hacen pensar que las decisiones de política económica dictadas por principios partidistas son fenómeno bastante generalizado. También se concluiría, si bien con menor claridad, que las preocupaciones electorales se traducen en importantes fluctuaciones. La combinación de ideología partidista y ciclo electoral puede fácilmente dar lugar a resultados socialmente indeseables. El grado de estabilidad institucional y la independencia del banco central tienen una influencia especial en los resultados macroeconómicos. Estas observaciones plantean diversas e importantes cuestiones sobre la índole de las instituciones políticas.

I. INTRODUCCION

La política y la macroeconomía están íntimamente interrelacionadas. Se ganan o pierden las elecciones como efecto de la situación económica. Sin embargo, es un hecho que los incentivos ideológicos y electorales condicionan las decisiones de los políticos en la esfera macroeconómica. En este artículo se estudia cómo el nivel de inflación, desempleo y crecimiento económico se ve afectado por las fuerzas políticas en varias economías industriales, con atención especial a Europa Occidental. No sería muy erróneo considerar que los políticos están dominados principalmente por dos motivaciones fundamentales. En primer lugar, se esfuerzan por seguir en el poder todo el tiempo posible. En segundo lugar, pertenecen a un partido y desean complacer a los que le votan. Es evidente que la influencia del juego político en la política macroeconómica depende de la motivación predominante de cada político. La teoría de los "ciclos político-económicos" (en adelante, CPE) popularizada por Nordhaus (1975) se caracteriza por su énfasis excluyente en las motivaciones electorales. Según este autor, los políticos tratan de crear el clima económico más deseable inmediatamente antes de las elecciones, aun cuando sus políticas puedan exigir costosos ajustes tras las elecciones. En concreto, se sobreestimula la economía antes de las elecciones con políticas expansionistas. Los votantes, cortos de vista, premian al gobierno en el poder, sin constatar que se requerirá una recesión tras las elecciones con el fin de reducir la inflación. De este modo, el ciclo político genera ciclos económicos subóptimos e innecesarios, ya que el tempo de la política macroeconómica se supedita artificialmente al calendario electoral. Se pueden citar casos muy conocidos en que este esquema tan simple de cosas se ha convertido en realidad. Por ejemplo, unas semanas antes de las elecciones de noviembre de 1972, el Presidente Nixon elevó las prestaciones de la Seguri-

dad Social en torno al 20 % y las indició con la inflación, en tanto que la oferta monetaria crecía en más del 8 % en 1972 frente al 4 % en los tres años precedentes y posteriores. No obstante, la base empírica elaborada según la intuición de Nordhaus no ha confirmado abundantemente la hipótesis CPE.

Al insistir en el comportamiento sesgado de los políticos en su "teoría partidista" (en adelante. TP), Hibbs (1977) sostiene que los partidos políticos tienen preferencias diferentes sobre las ventajas e inconvenientes respectivos de inflación y desempleo porque los resultados macroeconómicos conllevan importantes consecuencias redistributivas. Dado que un resultado de baja tasa de desempleo / alta tasa de inflación es favorable a la clase media baja, en tanto que la alta clase media se beneficia de la combinación opuesta, los partidos de izquierda escogen puntos en la curva de Phillips de mayor inflación y menor desempleo. En efecto, en los años sesenta, los países con gobiernos predominantemente socialistas presentaban una tasa media inferior de desempleo y una tasa de inflación media superior a la de los países con gobiernos predominantemente no socialistas. De aquí se sigue la posibilidad de un segundo ciclo político y de un segundo tipo de ineficiencia en la medida en que el comportamiento partidista de los políticos podría generar fluctuaciones económicas excesivas. Los partidos socialistas subestiman el costo de la inflación y estimulan la economía; los partidos conservadores son demasiado insensibles respecto del desempleo a la hora de combatir la inflación. Queda claro, como ha sido señalado por Frey y Schneider (1978), que los enfoques CPE y TP no son mutuamente excluyentes.

A mediados del decenio de 1970, tanto la aparición de la estanflación como la "revolución de las expectativas racionales" pusieron en duda la existencia de una curva explotable de Phillips, con dos consecuencias importantes para las teorías políticas de los ciclos económicos. En primer lugar, según el

nuevo enfoque, los responsables de la política económica no pueden provocar esas oportunas expansiones y recesiones previstas por CPE y, en cualquier caso, los votantes racionales no se dejan engañar fácilmente por tales fases expansivas preelectorales. En segundo lugar, dado que el nivel de empleo se mantiene intacto más allá del corto plazo, con independencia de las políticas de demanda agregada, será más difícil reconocer a los gobiernos partidistas en una perspectiva de medio y largo plazo. Esta crítica "racional" de CPE y TP ha quedado incorporada en los últimos trabajos de Cukierman y Meltzer (1986), Rogoff y Sibert (1988), y Rogoff (1987) basados en la intuición de Nordhaus. Por su parte, Alesina (1987) se ha centrado en la teoría partidista. Una vez que se incorporan las expectativas racionales, los nuevos enfoques presentan consecuencias empíricas diferentes de las aportaciones originales de Nordhaus y Hibbs. Por ello, el soporte empírico de la nueva teoría partidista procede de Alesina y Sachs (1988) y Alesina (1988a) en lo que se refiere a Estados Unidos. En este artículo, se ofrecen datos relativos a varias democracias industriales durante los años setenta y ochenta; de ellos se siguen tres conclusiones principales.

En primer lugar, los efectos partidistas son importantes. Las pautas de desempleo, crecimiento del producto e inflación tienden a relacionarse sistemáticamente con la orientación política de los gobiernos. Sin embargo, esta diferencia sistemática es normalmente de corta duración, y se produce fundamentalmente en un corto periodo de tiempo tras un cambio de gobierno. Por el contrario, resulta más bien difícil probar la existencia de un ciclo sistemático sobre la producción y el desempleo tal como predice CPE. Si los políticos tratan de inducir una expansión de la economía antes de las elecciones, con frecuencia no lo consiguen. Otra posible interpretación es que los diversos gobiernos se enfrentan a problemas diferentes con anterioridad a las elecciones. Los gobiernos conservadores combaten con frecuencia el desempleo tras una recesión previa,

mientras los socialistas tratan de controlar la inflación resultante de sus políticas expansionistas. Ambos tipos de gobierno procuran aparecer como "moderados" a fin de obtener el apoyo de los votantes, si bien para conseguir el del "votante medio" tendrán que aplicar políticas diferentes, y a menudo opuestas. En segundo lugar, se da una correlación entre la estabilidad político-institucional y el comportamiento de la economía: los sistemas políticos más polarizados e inestables van asociados con resultados económicos peores en cuanto se refiere a inflación y desempleo. En tercer lugar, los resultados presentan una serie de consecuencias normativas sobre la conveniencia de las reglas políticas frente a la discrecionalidad, de las reformas institucionales, de un banco central independiente y de la coordinación de la política económica. En especial, una mejor comprensión de la economía política de la política macroeconómica constituye un prerrequisito crucial para el diseño de instituciones eficientes.

El resto de este trabajo se dividirá en tres secciones. En la sección 2 se pasa revista a las teorías político-económicas alternativas sobre inflación y desempleo, y se identifican las conclusiones empíricas que luego se investigarán en la sección 3 en relación a varios países industriales. La sección 4 estudia la relación entre estabilidad política y económica. En la sección 5 se abordan varias cuestiones normativas. En la sección final se exponen las principales conclusiones del trabajo.

2. TEORIAS POLITICAS DE LA INFLACION Y EL DESEMPLEO.

La opinión tradicional sobre la conducta de los políticos consiste en que son individuos egocentristas que tratan de

maximizar sus "rentas" personales. Como quiera que éstas están vinculadas a su permanencia en el cargo, los políticos simplemente maximizan su popularidad para así aumentar la probabilidad de reelección (Downs, 1957). De aquí se seguiría que se puede presumir una cierta convergencia política en un sistema de dos partidos: ambos tratarán de aplicar la política más aceptable al votante medio. Sin embargo, los políticos pueden tener diferentes motivos estratégicos, de forma que la convergencia de políticas no es muy fuerte; lo que es más importante, este resultado no siempre concuerda con la experiencia real. La falta de convergencia política, consistente en que diferentes partidos aplican diferentes políticas cuando están en el poder, es fenómeno muy generalizado. Por ejemplo, un político estadounidense sólo interesado en sí mismo, si quiere ser Presidente, necesita obtener en las elecciones primarias la designación como candidato. Para ello tendrá que adoptar una posición política cercana al votante medio de uno de los dos partidos. Como el programa adoptado en la ronda primaria se convierte en una limitación (factor de credibilidad) al elegir el programa para la ronda presidencial, incluso los políticos más cínicos tienen que escoger políticas polarizadas. Otras consideraciones, como sería la amenaza de aparición de un tercer partido (Palfrey, 1984) o la abstención de votantes con preferencias extremas debidas a su alienación, pueden dar al traste con la convergencia política incluso en un universo de políticos únicamente guiados por su ambición personal. En sistemas pluripartidistas, la referencia al votante medio no será la norma, y poco se sabe sobre la postura óptima de cada partido en este sistema (para una visión panorámica del tema, véase Shepsle y Cohen, 1988). No cabe, por tanto, suponer que en un sistema de varios partidos con políticos personalistas ambiciosos se produzca esta convergencia política.

Una aproximación diferente al tema del comportamiento de los políticos es la sugerida por Wittman (1977) y desarrollada por Calvert (1985) y Alesina (1988b). Los políticos no sólo se

interesan por ganar elecciones, sino que también actúan como si tuvieran preferencias definidas sobre cuestiones de política. Los políticos individuales son personalmente ambiciosos y representan la "ideología" de su partido o circunscripción. Según este enfoque "partidista", las diferentes circunscripciones electorales y los grupos sociales o étnicos apoyan a diferentes partidos, los cuales, a su vez, aplican diferentes políticas con el fin de retener este apoyo. En especial, las diferentes circunscripciones apoyarán políticas que generen una redistribución de la renta a su favor. Es evidente que hay que ganar las elecciones si se quieren ver aplicadas las políticas deseadas. Sin embargo, incluso cuando los políticos de partido quieren triunfar, este enfoque no implica una convergencia de política dirigida a las preferencias del votante medio.

2.1 Teorías partidistas de política macroeconómica.

La hipótesis (TP) de Hibbs (1977) se basa en la creencia de que los partidos del ala izquierda prefieren, en general, una tasa superior de inflación y una inferior de desempleo a las preferidas por los de derecha. La idea básica es que la política de partidos gira en torno a la distribución de la renta. Los resultados macroeconómicos tienen importantes consecuencias redistributivas; de hecho, la clase media baja, mayoritariamente de izquierda, tiende a sufrir durante las recesiones relativamente más que la alta clase media. No obstante lo cual, resulta bastante difícil aislar el efecto de las políticas macroeconómicas en la distribución de la renta. Las pruebas reunidas por Hibbs (1987) respecto de Estados Unidos resultan inequívocas en lo que se refiere al desempleo: cuando éste aumenta, la participación en la renta de los dos quintiles más pobres desciende y la de los dos más ricos se reduce, en tanto que el quintil medio permanece prácticamente

intacto. Sin embargo, estos flujos redistributivos, aunque importantes, no son espectaculares. Un aumento anual de la tasa de desempleo del 6 al 10 % transferiría 0.95 puntos porcentuales de ingreso desde los dos quintos inferiores a los dos superiores del espectro distributivo de la renta.

Los efectos redistributivos de la inflación son menos claros. En principio, son posibles varios canales instrumentales: los escalones del impuesto sobre la renta, si no están ajustados a la inflación; la interacción entre la estructura tributaria y la estructura financiera de una empresa dada; el efecto de la inflación sobre el valor real de activos denominados en términos nominales, y las alteraciones de los precios relativos de las cestas de bienes adquiridos por los diferentes grupos de renta. La conclusión de Hibbs (1987) es que si la inflación ha tenido algún efecto global sobre la distribución de la renta en Estados Unidos, éste se ha producido a favor de los pobres. Minford (1985) sugiere un efecto similar para el Reino Unido, y sostiene que la derecha se muestra relativamente más adversa a la inflación que la izquierda porque está más interesada en defender el valor real de los activos denominados en términos nominales, los cuales están en poder de la clase media alta en una mayor proporción. En resumen, la prueba empírica, aunque limitada, parece confirmar en cierta medida que las consideraciones redistributivas constituyen para la izquierda un incentivo a fomentar la expansión y combatir el desempleo, y para la derecha, a reducir la inflación y preocuparse menos del desempleo.

Por tanto, si existe un equilibrio explotable de ventajas e inconvenientes similar a la curva de Phillips, la izquierda deberá optar por un menor desempleo y una inflación más alta que la derecha. Estas diferencias sistemáticas de actividad económica deberán mostrarse relativamente persistentes y observarse durante todo el mandato de los diversos gobiernos. Esta teoría no es compatible con la crítica de las "expectati-

vas racionales" según la cual las políticas expansionistas dan lugar a una inflación superior, sin apenas beneficios en lo que se refiere a la actividad económica más allá del corto plazo. Una "teoría partidista racional" (en adelante, TPR) ha sido propuesta por Alesina (1987) y Alesina y Sachs (1988)(1). En un mundo de políticos de partido, la incertidumbre electoral genera expectativas inciertas. Supóngase que un gobierno de derechas recientemente elegido pone en práctica una política antiinflacionista. Si el público ha tenido en cuenta la posibilidad de una victoria de la izquierda (menos antiinflacionista), habrá supuesto (racionalmente) una inflación media superior a la registrada de hecho. En caso de rigideces nominales (por ejemplo, contratos laborales no indiciados), no se podrán ajustar inmediatamente tras el cambio de gobierno las decisiones económicas tomadas antes de las elecciones (y basadas en expectativas racionales). De aquí se siguen algunos efectos reales en materia de empleo y producción; efectos cuya magnitud estará directamente relacionada con la diferencia entre las políticas económicas previsibles de los partidos rivales. Este argumento se ve reforzado si se registra un componente retardatario de la mentalidad de cambio en la formación de expectativas (por ejemplo, si no todo el mundo es racional o consciente del cambio de política)(2). Una vez que las expectativas se han adaptado al nuevo régimen político, el nivel de actividad retorna a su nivel natural. La inflación se mantiene baja si el gobierno es conservador y ha decidido combatirla. Con un gobierno de izquierda, las nuevas políticas expansionistas inducen un aumento temporal del volumen de actividad económica por encima de su nivel natural y, una vez ajustadas las expectativas, la inflación se mantiene alta. Una razón de lo anterior es el problema de la "incoherencia cronológica" descrito por Kydland y Prescott (1977) y Barro y Gordon (1983); este problema consiste en que, como quiera que los gobiernos de izquierda tienen una reputación de luchar contra el desempleo, el público espera de ellos una tasa alta de inflación. En efecto, una política antiinflacionista

anunciada por un gobierno preocupado por el desempleo no gozaría de crédito; ciertamente, si la expectativa de inflación fuera "baja", este gobierno crearía una inflación sorpresa con su objetivo de reducir el desempleo. Por el contrario, el público espera inflación alta y lo mejor que puede hacer el gobierno es tener en cuenta esas expectativas para evitar una recesión. En consecuencia, la economía se ve "atrapada" en un equilibrio de inflación alta. Un gobierno expansionista puede, de este modo, producir un aumento de la inflación y del desempleo en la segunda parte de su gestión en el poder.

La TPR difiere de forma considerable del enfoque de Hibbs. Según este autor, las diferencias en producción y desempleo persisten, y hasta aumentan, durante todo el mandato de los diversos gobiernos. Por el contrario, la TPR predice que tales diferencias son transitorias y deben producirse inmediatamente después de un cambio de gobierno. Ambas teorías, sin embargo, comparten un énfasis sobre la diferencia entre los partidos expansionistas de izquierda y los partidos antiinflacionistas de derecha. La teoría partidista, y en especial la TPR, no cuenta con la cortedad de vista de los votantes. Muy al contrario, es coherente con la noción de que los votantes inteligentes comprenden correctamente la diferencia entre partidos y votan en consecuencia. La incertidumbre sobre los resultados electorales se debe a los cambios en las preferencias de los votantes, que no son plenamente predecibles. Interesa anotar que las preferencias de los votantes pueden cambiar también como efecto de la evolución económica; por ejemplo, un periodo de inflación alta puede elevar el grado de aversión a ella por parte del público e inducir un corrimiento hacia la derecha. Se puede demostrar que varios países registraron tales cambios de opinión a finales del decenio pasado y comienzos del presente.

2.2 Ciclos político-económicos.

El enfoque CPE de Nordhaus (1975) insiste exclusivamente en las motivaciones electorales de los responsables de la política económica. Simplemente, todos los políticos maximizan sus posibilidades de seguir en el poder, y por tanto aplican políticas idénticas. El análisis de Nordhaus se basa en dos supuestos cruciales. En primer lugar, los votantes se inclinan hacia el pasado y padecen miopía; votan al partido en el poder si la economía está funcionando bien (poco desempleo, fuerte crecimiento y baja inflación) inmediatamente antes de las elecciones. Se olvidan rápidamente del pasado y no captan la relación económica entre inflación y desempleo. En segundo lugar, la economía se caracteriza por una curva de Phillips que es fácilmente explotable en razón de expectativas que "miran al pasado". En este contexto, todo gobierno estimula la demanda agregada antes de las elecciones. Además, dado que las consecuencias inflacionarias de la expansión tardan normalmente algún tiempo en manifestarse, se puede calcular el momento del estímulo de tal forma que la inflación sólo aparezca después de celebradas las elecciones. Llegado ese momento, se controla la inflación mediante una recesión inducida a través de la demanda, la cual es olvidada pronto por los electores, con lo que pronto están en condiciones de volver a ser engañados antes de la próxima elección.

Los trabajos recientes de Cukierman y Meltzer (1986), Rogoff (1987) y Rogoff y Sibert (1988) sientan la base de una teoría de "ciclos político-económicos racionales" (en adelante, CPER). Estos autores demuestran que las intuiciones de Nordhaus (1975) se sostienen incluso cuando los votantes no son miopes e ingenuos, siempre que no estén informados completamente sobre algunas características del entorno, sobre los objetivos de los responsables económicos y sobre su competencia para dirigir la economía. Por ejemplo, inmediatamente antes de las elecciones,

los gobernantes quizá deseen aparecer lo más "eficientes" posible en el suministro de nuevos bienes públicos, servicios o transferencias. "Ocultando" o retrasando las consecuencias presupuestarias, el gobierno puede crear una ilusión pasajera de prosperidad antes de que el electorado se percate de que tendrá que pagar por tal euforia con impuestos poselectorales. El proceso presupuestario es suficientemente complejo como para que incluso votantes relativamente informados y atentos puedan verse engañados, al menos temporalmente. Así pues, este análisis predice una manipulación preelectoral y poselectoral de los instrumentos de política. Sin embargo, es difícil conseguir fluctuaciones periódicas y predecibles de cuatro o cinco años de duración en la producción y el desempleo en este marco racional, ya que no es realista imaginarse que una información imperfecta sobre las opciones de política económica pueda durar varios años. Por ello, la teoría de los CPER es compatible con ciclos relativamente cortos de déficit presupuestarios, transferencias y crecimiento de la masa monetaria en torno a la fecha de las elecciones, pero no presenta aplicabilidad clara para un ciclo más largo de producción y desempleo.

2.3 Resumen.

Hemos esbozado cuatro nociones político-económicas del equilibrio dialéctico entre inflación y desempleo. El primer esquema (CPE) se basa en la existencia de políticos no ideológicos y votantes cortos de vista. Supone además una recesión al inicio de cada nuevo gobierno y una expansión inmediatamente antes de cada elección, sin diferencias entre partidos. El segundo enfoque (CPER) presupone la existencia tanto de políticos no ideológicos como de votantes racionales. Este ciclo presenta consecuencias semejantes a las de CPE en cuanto a ciertos instrumentos de política (déficit fiscales, oferta

monetaria), si bien no entraña derivaciones claras en el caso de un ciclo de varios años para la producción y el desempleo. El tercer enfoque (TP) se basa en políticos partidistas y una curva de Phillips explotable. Este enfoque predice una evolución de bajo desempleo-alta inflación durante toda la duración del mandato de gobiernos de izquierda, y la combinación opuesta tratándose de gobiernos de derecha. El cuarto y último esquema (TPR) incluye tanto políticos ideológicos como votantes racionales. Predice una expansión al comienzo del mandato de un gobierno de izquierda y una recesión al comienzo de un gobierno de derecha. En la fase final del mandato, no se podrá distinguir entre gobiernos en lo que se refiere a producción y desempleo, en tanto que la inflación podrá mantenerse más alta durante las administraciones de izquierda.

3. COMPROBACION EMPIRICA DE LOS CICLOS POLITICO-ECONOMICOS.

Las investigaciones empíricas de que se dispone sobre ciclos económicos inducidos políticamente están realizadas en su mayor parte con datos de Estados Unidos y, en menor medida, del Reino Unido. Cabe suponer que ello se debe a que resulta más difícil estudiar tales ciclos en las democracias europeas. En primer lugar, las fluctuaciones económicas registradas en economías pequeñas y abiertas están íntimamente vinculadas a la condición de la demanda mundial. Por ello, habrá que definir las recesiones o expansiones inducidas políticamente por referencia a la economía mundial. Además, los acuerdos monetarios internacionales, como el SME, han restringido las políticas monetarias europeas relativamente más que la de Estados Unidos. En segundo lugar, el desempleo muestra en Europa una fuerte persistencia, debido a varias características del

mercado de trabajo (Blanchard y Summers, 1986, y las referencias por ellos citadas). En consecuencia, las políticas de demanda difícilmente son el único determinante del desempleo. Otras dificultades se relacionan con la estructura político-institucional. Por ejemplo, resulta a veces difícil percibir claramente los cambios de régimen político. Con relativa frecuencia, se producen reorganizaciones de coaliciones y crisis gubernamentales, con cambios de gabinete, en varios países, y a menudo no como resultado de elecciones generales. Además, es a veces difícil situar a una coalición gubernamental en el espectro derecha-izquierda, dado que los pesos relativos de los diversos integrantes de la coalición pueden variar de un momento a otro, aun en el caso de que los partidos miembros de la coalición sigan siendo los mismos. De forma más generalizada, los gobiernos de coalición se conducen con notables diferencias con respecto a gobiernos monocolors. Por tanto, se han de tener muy en cuenta la estructura y la cohesión interna de las coaliciones, con independencia de la distinción izquierda-derecha. Lo que es más, el momento de las elecciones es con frecuencia endógeno, con el fin de que los responsables de la política económica puedan convocarlas en un "buen momento" y no que tengan que inducir ese buen momento cuando se acercan las elecciones. Por último, todo intento de fijar pautas y correlaciones generales entre la política y las variables económicas de una muestra amplia de países exigirá que de los supuestos se excluyan las instituciones y los acontecimientos peculiares de cada país, así como las características personales de determinados políticos.

Es evidente que se requieren hipótesis muy aventuradas a la hora de ofrecer pruebas estadísticas, o incluso de organizar simplemente los datos recogidos. En un trabajo sumamente lúcido, Alt (1985) enumera estos problemas y aborda algunos de ellos. Su comprobación empírica, tomada de varios países europeos, favorece la teoría partidista del desempleo. Sin embargo, Alt no considera el crecimiento de la producción y la

inflación, no aborda directamente los esquemas CPE y TP y tampoco estudia TPR como explicación posible de los datos recogidos.

3.1 Prueba de las teorías partidistas.

En el cuadro 1, basado en Alt (1985) y Banks (1987), se enumeran todos los cambios de régimen del periodo muestra 1968-86. Nótese que este cuadro sólo estudia cambios de gobierno, y no considera la reelección de una coalición o un partido. Para ampliar la muestra, se ha incluido, junto a los países europeos occidentales, a Estados Unidos y Australia. No se han incluido en el cuadro: Suiza, por ausencia de cambio político; Italia, por su caótica historia electoral; Irlanda, por problemas de datos; Portugal, España y Grecia, por sus transiciones recientes de la dictadura a la democracia, lo que constituye un cambio importante de régimen político, apenas comparable a los de los países incluidos en el cuadro. Estos países, no obstante lo anterior, aparecen considerados en el apartado 3.3, en el que se intentan ciertas comparaciones internacionales.

Se consideran tres indicadores económicos: crecimiento real del producto, desempleo e inflación. Dado que el nivel mundial de actividad económica influye en las condiciones económicas de cada país, estimamos en todos los países la desviación de estas variables respecto del valor medio en dieciocho países industrializados(3). En adelante, los términos "inflación", "desempleo" y "crecimiento del producto" se usarán para indicar las desviaciones respecto de la media de las variables correspondientes. Se definen así los siguientes índices:

CUADRO 1
Cambios de orientación política de gobiernos (1968-86)

País y fecha	Dirección del cambio	Explicación	País y Fecha	Dirección del cambio	Explicación
Alemania			Finlandia	(b)	
09-69	Izquierda	Coalición SPD-FDP	11-75	Derecha	Coalición centro.
12-72	Derecha	FPD, minis.econom.	05-77	Izquierda	Coal. centr/izquier.
10-82	Derecha	Coalic. CDU/CSU-FDP			
Australia			Francia		
12-72	Izquierda	Partido Laborista único	05-81	Izquierda	Socialistas
11-75	Derecha	Liberales			
03-83	Izquierda	Laboristas			
Austria			Noruega		
04-70	Izquierda	Socialistas	10-71	Izquierda	Socialistas
04-83	Derecha	Coalición SP-FP	10-72	Derecha	Coalic. no social.
			10-73	Izquierda	Socialistas
			10-81	Derecha	Conservadores
			10-85	Derecha	Socialistas
Bélgica			Países Bajos		
06-68	Izquierda	CSP-Socialistas	05-73	Izquierda	Coalic. labor.
01-73	Derecha	CSP-Social.-Lib.	05-77	Derecha	Coalic. derecha
03-77	Izquierda	CSP-Social.-otros	09-81	Izquierda	Coalic. labor.
12-81	Derecha	Coalic. no social.	11-82	Derecha	Coalic. derecha
10-85	Izquierda	Coalic. socialista			
Dinamarca	(a)		Reino Unido		
10-71	Izquierda	Socialistas	06-70	Derecha	Conservadores
12-73	Derecha	Liber.-demócratas	02-74	Izquierda	Laboristas
02-75	Izquierda	Socialistas	06-79	Derecha	Conservadores
09-82	Derecha	Coal.cons. 4 partds.			
Estados Unidos			Suecia		
11-68	Derecha	Presid. republicano	10-76	Derecha	Coalic. derecha
11-76	Izquierda	Presid. demócrata	10-82	Izquierda	Coalic. izquierda
11-80	Derecha	Presid. republicano			

Fuentes: Alt (1985) y Banks (1987).

Notas: (a) El gobierno de coalición socialdemócrata-liberal, de tan corta duración, no se considera cambio significativo de régimen respecto del previo gobierno. Por la misma razón excluye Alt (1985) este gobierno de su análisis.
(b) No se tienen en cuenta los breves periodos de gobiernos de coalición de marzo de 1970 a octubre de 1971.

I_1 = (crecimiento medio del producto en los dos primeros años tras un cambio de régimen) menos (crecimiento medio del producto en los dos años precedentes).

I_2 = (crecimiento medio del producto en los dos primeros años tras un cambio de régimen) menos (crecimiento medio del producto durante todo el mandato del nuevo régimen)(4).

TPR predice que I_1 e I_2 serán positivos con un régimen de izquierda y negativos con uno de derecha. En especial, un valor positivo de I_2 (que no cabe esperar con la TP de Hibbs) haría pensar que los efectos reales del estímulo de la demanda agregada son más fuertes al comienzo del mandato del nuevo gobierno.

En principio, nos sentiríamos inclinados a elaborar índices de desempleo análogos a I_1 e I_2 . Sin embargo, como han señalado Blanchard y Summers (1986), el desempleo en Europa muestra un grado muy alto de persistencia, que obedece a una serie de fenómenos de la vertiente de la oferta. Así pues, en lugar de operar con datos reales, aislaremos los *shocks* o la innovación en el comportamiento del desempleo que puedan deberse a fluctuaciones de demanda agregada(5) y usaremos esas medidas para componer los dos indicadores I_3 e I_4 , por lo demás definidos exactamente como I_1 e I_2 . Los signos previstos por la TPR para I_3 e I_4 son opuestos a los de I_1 e I_2 , es decir, negativo para gobiernos de izquierda y positivo con gobiernos conservadores. De la versión estricta y simple de la TPR, tal como aparece formulada en Alesina (1987) y Alesina y Sachs (1988), se seguiría que estos indicadores (I_1 a I_4) pueden ser diferentes de cero tras la reelección del mismo gobierno por razones de incertidumbre electoral. Es evidente que los efectos reales de las políticas de demanda son más fuertes cuando, además de la incertidumbre electoral, se producen cambios reales de política. Lo que es más, en varios casos de reelec-

ción, la incertidumbre electoral fue muy baja, ya que la probabilidad de renovación del mandato era muy alta. En el apartado 3.2 se ofrecen algunos datos indirectos favorables a la versión más restrictiva de la TPR.

Con respecto a la inflación, tanto TP como TPR predicen que los regímenes de izquierda registrarán tasas de inflación más altas que los de derecha. Como quiera que la inflación es también muy persistente en los países estudiados, se ajustaron los datos de inflación empleando el mismo procedimiento que se aplicó al desempleo. Así se elaboró el siguiente índice:

$$I_{\text{s}} = (\text{tasa media de inflación anual en un régimen}) \text{ menos } (\text{tasa media de inflación en el régimen precedente}).$$

La teoría partidista predice que I_{s} será positivo (negativo) con gobiernos de izquierda (derecha)(6).

En el cuadro 2 se muestran estos cinco indicadores en relación a todos los cambios de gobierno descritos en el cuadro 1. Un sí (S) significa que el signo del indicador es el que cabe esperar según la TPR; un no (N) indica que no hay coherencia entre los hechos y la TPR. Los valores reales de los indicadores aparecen en el cuadro A1 del Apéndice. Del cuadro 2, con más del 70 % de síes, se extrae una cierta confirmación de la TPR. Los Países Bajos son el único caso claro donde no se registra la pauta prevista por la teoría, especialmente en materia de desempleo. Excluyendo este país, de los 33 cambios de régimen enumerados en el cuadro 1 sólo dos se caracterizan por indicadores incompatibles con TPR (Noruega en 1981 y Australia en 1972); hay un caso en el que también encontramos un número igual de signos correctos e incorrectos (Alemania en 1969). En todos los demás, la mayoría de los indicadores presentan el signo previsto por la teoría. En 22 cambios de régimen no se registra ningún signo (o sólo uno) no coherente con la teoría. Lo que es más, los indicadores

con el signo incorrecto tienden a ser menores en valor absoluto que los indicadores con signo correcto: el cuadro 3 muestra que los indicadores con el signo previsto son, en promedio, mayores en valor absoluto que los indicadores correspondientes con signo incorrecto, a excepción de I_4 , para el que se produce un número igual de signos (véase cuadro A1 para más detalle). La diferencia en los promedios de los indicadores de producto resulta más bien sorprendente, y es relativamente menor en I_5 debido a dos signos incorrectos "grandes" (Bélgica y Finlandia).

Varios cambios de régimen, a finales del decenio de 1970 y comienzos del de 1980, se atienen a la TPR: Francia (1981), Suecia (1982), Reino Unido (1979) y Estados Unidos (1980).

El caso de los socialistas franceses es particularmente revelador de la bondad de la TPR. En un periodo de recesión mundial (1981-83), el gobierno francés aplicó políticas expansionistas, manteniendo positivo el crecimiento económico del país en un momento en que todas las demás economías industriales importantes atravesaban una recesión (véase Sachs y Wyplosz, 1985, para un análisis detallado de este periodo). Estos ejemplos recientes son quizá más conocidos, aunque no son los únicos. Por ejemplo, a mediados de los setenta, la Administración Carter, en Estados Unidos, y los conservadores suecos (1976) ofrecen una coincidencia notable con la teoría. En Suecia, el indicador de crecimiento del producto cayó de un promedio en torno a cero en 1975-76 a casi -4 en 1977 y casi -1 en 1978; en Estados Unidos, de un promedio de -0,1 en 1973-76 a un promedio de más de 2 en 1977-78 (cayendo a -1 en 1979-80). Los indicadores de desempleo e inflación también se atienen a la TPR(7).

CUADRO 2

Comprobación de las teorías partidistas

Indicadores:	Crecimiento producto		Desempleo		Inflación		Total					
	I ₁		I ₂		I ₃			I ₄		I ₅		
	Después menos antes	Primeros 2 años menos mandato completo	Después menos antes	Primeros 2 años menos mandato completo	Después menos antes	Primeros 2 años menos mandato completo		Después menos antes				
Predicción teórica:												
Izquierda	+		+		-		-		+			
Derecha	-		-		+		+		-			
Resultado conforme	S	N	S	N	S	N	S	N	S	N	S	N
Alemania	1	2	3	0	2	1	3	0	1	1	10	4
Australia	2	1	2	1	1	2	3	0	2	0	10	4
Austria	2	0	2	0	2	0	1	1	0	1	7	2
Bélgica	4	1	1	3	5	0	3	1	1	2	14	7
Dinamarca	4	0	2	0	3	1	1	1	3	0	13	2
Estados Unidos	2	1	3	0	2	1	3	0	2	0	12	2
Finlandia	2	0	1	0	2	0	0	1	0	1	5	2
Francia	1	0	1	0	1	0	1	0	ND	ND	4	0
Noruega	3	2	2	0	3	2	1	1	2	1	11	6
Países Bajos	2	2	0	3	0	4	1	2	3	0	6	11
Reino Unido	2	1	3	0	2	1	2	1	2	0	11	3
Suecia	2	0	2	0	1	1	2	0	1	0	8	1
Total	27	10	22	7	24	13	21	8	17	6	111	44
% de síes (S)	73		76		65		72		74		72	

Fuentes.- Producto (PNB o PIB) e inflación (tasa de elevación del IPC) tomados de IFS, FMI. Tasa de desempleo: Main Economic Indicators, OCDE.

Notas.- La definición de los indicadores aparece en el texto. Todas las variables se refieren al promedio de 18 países: Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Grecia, Italia, Japón, Noruega, Países Bajos, Portugal, Reino Unido y Suecia. Por problemas de disponibilidad de datos, el promedio de desempleo sólo integra 14 países de los 18 enumerados, con exclusión de Australia, Dinamarca, Grecia y Países Bajos.

CUADRO 3

Valores absolutos medios de indicadores del Cuadro 2

	I ₁	I ₂	I ₃	I ₄	I ₅
S	1.86	1.03	0.84	0.37	1.23
N	0.70	0.29	0.53	0.37	1.07

Nota: Los cálculos se basan en el Cuadro A1 del Apéndice.

El cuadro 4 ofrece confirmación adicional sobre los efectos de los cambios de régimen en las fluctuaciones cíclicas. De él se desprende la correlación entre los indicadores de producto y desempleo y los cambios de política económica de los gobiernos. Para ello se define una variable "izquierda" del modo siguiente:

+1 en dos años tras un giro hacia la izquierda
Izquierda = -1 en dos años tras un giro hacia la derecha
0 en otras circunstancias.

CUADRO 4

Correlación con giros a la Izquierda (1966-86)

Países	Producto	Desempleo	Países	Producto	Desempleo
Alemania	0.39 (0.78)	0.50 (-2.31)	Finlandia	2.32 (2.47)	-1.00(b) (-2.77)
Australia	0.87 (1.38)	-0.29(a) (-1.08)	Francia	0.31 (0.14)	-0.67 (-2.42)
Austria	1.04 (1.89)	-0.24 (-1.64)	Noruega	1.04 (1.51)	0.01 (0.14)
Bélgica	0.21 (0.40)	-0.53 (-2.26)	Países Bajos	0.67 (0.78)	0.36 (0.40)
Dinamarca	0.67 (1.35)	-0.42 (-1.28)	Reino Unido	1.51 (1.55)	-0.42 (-1.56)
Estados Unidos	2.51 (3.73)	-0.66 (-1.80)	Suecia	1.44 (2.00)	-0.16 (-0.69)

Notas: Se define la variable "izquierda" en el texto; los regresores son una constante y la variable izquierda; los coeficientes $-t$ aparecen entre paréntesis; (a) 1968; (b) la regresión de desempleo en Finlandia es la única que muestra autocorrelación de primer orden del valor residual, empleándose por tanto como variable independiente adicional una variable dependiente desfasada.

Naturalmente, podríamos igualmente llamar a esta variable "derecha" con sólo cambiar su signo. De hecho, la variable se limita a reflejar un cambio de orientación y no tiene especial

significación partidista. El cuadro 4 muestra los coeficientes sobre la variable "izquierda" junto a sus coeficientes de Student (-t). Excepto en dos casos en que carecen de significación estadística (desempleo en los Países Bajos y Noruega), todos los coeficientes presentan el signo previsto. Más de la mitad de ellos (trece) son fuerte o marginalmente significativos (presentan un coeficiente Student por encima de 1,5 de valor absoluto); cuatro de los restantes coeficientes presentan un coeficiente de Student superior a 1. En todos los países, a excepción de Australia y Países Bajos, al menos uno de los dos coeficientes posee significación estadística.

Los resultados para I_2 e I_4 y el cuadro 3 apoyan la TPR más que la TP, al indicar que los efectos de los cambios de régimen sobre el producto y el desempleo parecen ser transitorios. Nótese, sin embargo, que existe una forma ligeramente diferente de formular una teoría partidista con efectos transitorios. Por ejemplo, Alt (1985) y, de forma no explícita, Cohen (1988), sugieren que estos efectos reales pueden ser transitorios no sólo por causa de los ajustes de expectativas que desplazan la curva de Phillips, sino porque las políticas económicas cambian y se tornan más cautelosas en la segunda parte de los mandatos de los gobiernos. Los gobiernos de izquierda pueden optar por políticas menos expansionistas; por ejemplo, si la expansión inicial ha creado problemas de equilibrio externo o si la tasa de inflación es demasiado alta. Dicho en otras palabras, los gobiernos de izquierda, en la última parte de sus mandatos, se enfrentan con frecuencia a una coyuntura de alta inflación y creciente desempleo. Se ven, pues, forzados a combatir la inflación, aun cuando se acercan las elecciones, y tanto más si las encuestas de opinión muestran la preocupación del público por la inflación. En cierto sentido, los gobiernos progresistas acaban aplicando un conjunto de políticas opuestas a las que predice la teoría CPE. Las políticas de la Administración Carter y del presidente Mitterrand son quizá los dos ejemplos más claros.

Como se sostiene en el apartado 2.1, las diferentes preferencias en política macroeconómica de los partidos de derecha e izquierda se deben a objetivos divergentes en materia redistributiva. Será, pues, cuestión pertinente investigar si la izquierda y la derecha han logrado las pautas redistributivas deseadas. La respuesta a esta cuestión, en lo que a Estados Unidos y el Reino Unido se refiere, parece ser afirmativa. En cuanto a Estados Unidos, Hibbs (1987) demuestra que un índice de desigualdad de renta tiende a caer cuando está en la Casa Blanca un presidente demócrata y viceversa. Esto se debe, en parte, a que las recesiones normalmente se producen con presidentes republicanos y, como se señala en el apartado 2.1, las recesiones tienden a aumentar las desigualdades. Un factor adicional estriba en la composición de los programas de gasto y transferencias públicos. Un cuadro similar se aprecia en el Reino Unido: durante los años sesenta y setenta la proporción de renta personal imponible percibida por la mitad superior de los contribuyentes presenta una tendencia negativa, lo que indica un aumento de la igualdad durante ese periodo (Rose, 1980). La pauta de distribución de la renta en esos dos países durante estos últimos años, con las políticas "conservadoras" del Presidente Reagan y de la Primera Ministra Thatcher, es especialmente "partidista". El cuadro 5, tomado de Alt (1988), muestra que el 20 % superior de los contribuyentes británicos mejoraron en casi un 5 % su renta disponible real en un lapso de tres años, durante el cual la renta disponible total se redujo en más de un 1 %. Durante la primera Administración Reagan, el quintil inferior perdió casi un 8 %, frente a un avance global del 3,5 %.

CUADRO 5

Variaciones de renta real disponible durante Reagan y Thatcher

Variación de renta personal real disponible media de familias:

	Reagan 1980-84	Thatcher 1978-79 a 1981-82
20% superior	+8.7	+4.7
20% siguiente	+3.4	-4.3
20% medio	+0.9	-6.4
20% siguiente	-0.7	-1.1
20% inferior	-7.6	-9.7
Total	+3.5	-1.1

Participación familiar de renta personal real disponible:

	Reagan		Thatcher			
	1980	1984	1978-79	1981-82	1978-79	1981-82
20% superior	37.0	38.9	39.7	42.0	42.6	45.0
20% siguiente	24.5	24.5	24.8	24.0	24.7	23.9
20% medio	18.5	18.1	17.0	16.1	16.5	15.6
20% siguiente	13.2	12.5	11.5	11.5	10.3	10.2
20% inferior	6.8	6.1	7.0	6.4	5.9	5.5

Fuente: Alt (1988).

3.2 Ciclos político-económicos.

La teoría CPE predice una recesión al comienzo de cada mandato y una expansión inmediatamente antes de cada nueva

elección, sin distinciones en función de partidos. Las derivaciones en cuanto a inflación son menos claras y dependen de la rapidez con que se ajuste la tasa de inflación a las políticas expansionistas preelectorales; de hecho, se puede constatar una aceleración de la inflación antes o después de la elección. Dado que las conclusiones de CPE respecto a la inflación son algo indefinidas, no se tomará en consideración esa variable como prueba de la bondad de esta teoría; sin embargo, la investigación empírica previa le ha prestado confirmación. Aun cuando algunos episodios parecen ajustarse bastante bien a CPE (por ejemplo, Nixon en 1972), si se consideran muchas elecciones apenas se puede constatar el ciclo sistemático previsto por la teoría. En cuanto a Estados Unidos, Alesina llega a esta conclusión (1988a) y ofrece una visión panorámica de la investigación pertinente. Tratándose de otros países, se dispone de muchos menos resultados, si bien de ellos se desprende una confirmación no muy generosa de CPE. Por ejemplo, Paldam (1978) concluye, con gran cautela, que, en conjunto, sólo se pueden detectar signos muy débiles, en el mejor de los casos, de CPE en las democracias europeas.

Con el objeto de diseñar una prueba de las hipótesis de CPE, se podría tomar en consideración el hecho de que CPE y TPR presentan derivaciones semejantes para los gobiernos de derecha, ya que ambas teorías predicen una recesión al comienzo de estas administraciones. Considérese, por ejemplo, la primera Administración Reagan. En 1981-82 la economía estadounidense se hallaba en recesión aguda, en tanto que en 1983-84 se estaba recuperando: esta observación no puede indicar si la Administración Reagan se guiaba principalmente por motivaciones electorales o partidistas, o de hecho por ambas a un mismo tiempo. Por el contrario, dado que CPE y TPR formulan predicciones opuestas sobre la pauta de producto y desempleo durante los mandatos de gobiernos de izquierda, estos gobiernos se prestan a observaciones excelentes para comparar las dos hipótesis. Respecto a los países incluidos en el cuadro 1, el

cuadro 6 considera todos los periodos durante los que han estado en el poder gobiernos de izquierda al menos por tres años. Se estudian cuatro indicadores:

I_6 = (tasa de crecimiento del producto en el año de elecciones) menos (tasa media de crecimiento del producto durante todo el mandato).

I_7 = (tasa media de crecimiento del producto en el año de elecciones y año precedente) menos (tasa media de crecimiento del producto durante todo el mandato)(8).

Los indicadores de desempleo, I_8 e I_9 , se definen como I_6 e I_7 , respectivamente, utilizando las mismas innovaciones de desempleo que en el cuadro 2. Una anotación S (sí) en el cuadro 6 significa un signo del indicador compatible con CPE (es decir, positivo para I_6 e I_7 y negativo para I_8 e I_9). Una anotación N significa un signo no coherente con CPE.

En conjunto, el cuadro 6 muestra que los gobiernos de izquierda no siguen sistemáticamente una pauta CPE. Más del 60 % de los indicadores ofrecen un signo no coherente con la teoría. En sólo cinco de los 14 casos considerados la mayoría de los indicadores es coherente con la teoría, y en un caso de cada dos no se registra ningún indicador (o sólo uno) con un signo coherente. La ausencia de datos en favor de CPE es especialmente acusada en lo que se refiere al crecimiento del producto. Los casos del gobierno de Mitterand (1981-86), la Administración Carter (1976-80), los socialdemócratas alemanes (1976-80) y los socialdemócratas suecos (1983-85) configuran una pauta opuesta a la descrita por CPE y coherente con TPR. Estas economías funcionaron mucho mejor en cuanto a crecimiento y desempleo en la primera fase de sus respectivos mandatos que en la posterior.

CUADRO 6

Confirmación de la teoría de "ciclos político-económicos" (1969-86)

	Crecimiento producto		Desempleo		Total
	I ₆ Año de elecciones menos mandato completo	I ₇ Año de elecciones y previo menos mandato completo	I ₈ Año de elecciones menos mandato completo	I ₉ Año de elecciones y previo menos mandato completo	
Predicción según teoría	+	+	-	-	
Alemania					
09-69/11-72	N	N	N	N	
11-72/10-76	S	S	S	S	
10-76/10-80	N	N	S	S	
Austria					
10-71/10-85	S	N	S	S	
10-75/05-79	N	N	N	N	
05-79/04-83	N	N	S	N	
Bélgica					
12-78/09-81	N	S	N	N	
Dinamarca					
02-77/12-79	S	S	S	S	
Estados Unidos					
11-76/11-80	N	N	N	N	
Francia					
05-81/09-86	S	N	N	N	
Noruega					
11-73/11-77	N	N	N	N	
11-77/11-81	N	N	S	S	
Reino Unido					
02-74/06-79	N	S	S	S	
Suecia					
10-70/10-73	S	S	S	S	
10-73/10-76	N	N	N	N	
10-82/10-85	N	N	N	N	
Total	5S 13N	5S 13N	9S 9N	9S 9N	28S 44N
% de síes (S)	28	28	50	50	39

Aun cuando estos hechos no confirman plenamente CPE en materia de desempleo, sin embargo se puede producir una manipulación preelectoral de los instrumentos de política, como sería, por ejemplo, el presupuesto público. Como ya se ha señalado, ciertos acontecimientos recientes en la línea Nordhaus han subrayado la existencia de "ciclos presupuestarios políticos" más bien que ciclos de desempleo. De hecho, un ciclo de 10-18 meses en el déficit público y la oferta monetaria, en torno al momento de las elecciones, sería compatible con la ausencia de un ciclo en producción y desempleo, especialmente con expectativas racionales. En el cuadro 7 se estudian equilibrios fiscales ajustados cíclicamente, y a la inflación, calculados por la OCDE (Mueller y Price, 1985). A fin de comprobar, si de hecho, la política fiscal es poco estricta en años de elecciones, consideremos dos indicadores:

I_{10} = (equilibrio fiscal en año de elecciones) menos (equilibrio fiscal en año precedente).

I_{11} = (equilibrio fiscal en año de elecciones) menos (equilibrio fiscal en año siguiente).

Se definen los años de elecciones como en el cuadro 6. El ciclo presupuestario electoral predice que I_{10} e I_{11} serán negativos, lo que significaría que los déficits aumentan o que los superávits se reducen en años de elecciones. El cuadro 6 recoge los resultados del periodo 1972-84 en la medida en que se dispone de datos fiscales. En la mayoría (casi 65 %) de los casos considerados, la gestión presupuestaria pública empeoró en el año de elecciones con respecto al año anterior. Tufte (1978) y Alesina (1988a) ofrecen confirmación adicional de un ciclo político en materia de transferencias personales en Estados Unidos.

CUADRO 7

Presupuesto y teoría de ciclos político-económicos

	I ₁₀		I ₁₁		Total	
	Año de elecciones menos año precedente		Año de elecciones menos año siguiente			
Predicción según teoría						
¿Resultado conforme?	S	N	S	N	S	N
Alemania	0	4	4	0		
Australia	3	2	1	3		
Austria	1	2	0	3		
Bélgica	4	0	3	1		
Dinamarca	3	1	2	2		
Estados Unidos	2	2	3	0		
Finlandia	3	0	1	2		
Francia	2	1	0	3		
Noruega	1	2	1	2		
Países Bajos	2	1	2	1		
Reino Unido	2	1	3	0		
Suecia	2	2	2	2		
Total	25	14	18	18	43	32
% de síes (S)	64		50		57	

Fuente: Mueller y Price (1985) para equilibrio presupuestario ajustado cíclicamente y a la inflación.

Notas: En este cuadro se incluyen todas las elecciones generales del periodo de la muestra, pero no las que tuvieron lugar con un intervalo de dos años. Años electorales: Alemania: 11-72, 10-76, 10-80, 3-83; Australia: 5-74, 12-75, 12-77, 10-80, 12-84; Austria: 10-75, 5-79, 4-83; Bélgica: 3-74, 4-77, 12-78, 11-81; Dinamarca: 2-77, 10-79, 12-81, 1-84; Estados Unidos: 11-72, 11-76, 11-80, 11-84; Finlandia: 9-75, 3-79, 3-83; Francia: 9-74, 9-77, 5-81; Noruega: 10-73, 10-77, 10-81; Países Bajos: 5-77, 7-80, 9-83; Reino Unido: 2-74, 6-79, 6-83; Suecia: 10-73, 10-76, 10-79, 10-82.

3.3 Resumen

Los hechos esquemáticamente descritos en las dos secciones precedentes sugieren el panorama siguiente. Cuando son elegidos gobiernos conservadores, combaten la inflación y tienden a inducir una recesión, especialmente si han heredado una alta tasa de inflación. Terminada la desinflación, y una vez ajustadas las expectativas inflacionarias al nuevo régimen, la economía crece a una tasa superior a la natural y la inflación se mantiene a bajo nivel. Cuando se elige a un gobierno de izquierda, éste trata de hacer crecer la economía para así reducir el desempleo, que es su principal objetivo. Normalmente lo consiguen a corto plazo, si bien, a continuación, las expectativas inflacionarias prenden y la economía se ve atrapada en un equilibrio de alta inflación. Unos años después de la elección de un gobierno de izquierda, la economía mostrará probablemente una desaceleración del crecimiento y una aceleración de la inflación. La reducción del crecimiento real será aún más aguda si el gobierno trata de combatir la inflación en la segunda parte de su mandato. De este modo, los gobiernos de izquierda se ven con frecuencia abocados a nuevas elecciones con un descenso del crecimiento real; éste fue el caso de Carter (1980), los socialdemócratas alemanes (1980), Mitterand (1986) y los socialdemócratas suecos (1985). Por el contrario, los gobiernos conservadores se enfrentan a las nuevas elecciones con una economía que se recupera de una recesión inicial; así ocurrió con Reagan (1984), Margaret Thatcher (1983) y los conservadores suecos (1979). Adviértase que si los gobiernos conservadores y socialistas quieren "poner la casa en orden" antes de las nuevas elecciones, y competir así por el votante "medio", necesitan por lo general combatir problemas diferentes: los conservadores tienen que acelerar la recuperación, mientras que los socialistas tienen que reducir

la inflación. Además, y a tenor de la hipótesis general de CPE, ambos tipos de gobierno tratarán probablemente de evitar medidas fiscales "impopulares" en los años de elecciones. Ciertamente los hechos confirman que el equilibrio presupuestario tiende a empeorar en esos años.

Finalmente, podría uno preguntarse cómo reaccionan los votantes ante todo esto. Hay quien opina, siguiendo la línea de análisis CPE, que los votantes son más bien ingenuos y crédulos. Una expansión a corto plazo y en su momento oportuno será suficiente para incrementar significativamente las probabilidades de reelección. Kramer (1971) y Fair (1978), entre otros, ofrecen datos que confirman este análisis en Estados Unidos. Otros piensan que los votantes están bien informados y captan las diferencias entre partidos. En consecuencia, giran a la izquierda cuando prefieren una reducción del desempleo, y a la derecha cuando se sienten más amenazados por la inflación. Kiewiet (1983) y Alesina y Rosenthal (1989) ofrecen confirmación empírica de esta teoría.

4. ESTABILIDAD POLITICA Y ESTABILIDAD ECONOMICA.

Las secciones precedentes se han centrado en la evolución de las pautas de inflación, producto y desempleo en una determinada economía. Las variables políticas también pueden explicar las diferencias entre diversas economías. Esta es la conclusión de Hibbs (1977) con respecto a la inflación en el decenio de 1960. Hansson (1987) sostiene convincentemente que esta pauta persiste en los dos decenios siguientes si se tienen además en cuenta otras diferencias económicas e institucionales entre países. Entre los aspectos pertinentes figuran el grado de sindicalización y de indiciación salarial, los diferentes

efectos de las crisis del petróleo y el nivel de independencia del banco central. La investigación político-macroeconómica más reciente apunta a que el grado de inestabilidad política aporta una explicación parcial de las diferencias de evolución de la economía entre unos países y otros. Se han ofrecido dos argumentos para explicar por qué los países políticamente inestables y polarizados registran resultados económicos relativamente "pobres". El primero se refiere directamente a la "teoría partidista" y sugiere que, en países sumamente polarizados, los gobiernos "partidistas" aplican políticas divergentes. Por ello, la incertidumbre económica es mayor y las expectativas se desestabilizan. Una inestabilidad excesiva y la polarización de las políticas económicas pueden producir resultados subóptimos. Este punto está implícito en la teoría TPR de la inflación y el desempleo, y aparece más explícito en el contexto de política fiscal abordado en los estudios de Alesina y Tabellini (1987), Tabellini y Alesina (1988), y Persson y Svensson (1987). Lo que es más, si un gobierno ve difícil su reelección, se ve incentivado a aplicar políticas con efectos a plazo especialmente corto, ya que no tiene por qué preocuparse por un futuro del que probablemente no será responsable. El segundo argumento subraya los efectos de gobiernos de coalición inestables. Roubini y Sachs (1988) sostienen que, tratándose de coaliciones amplias y frágiles, será difícil aplicar políticas económicas "duras" cuando sean necesarias, bien porque se dispone de un horizonte temporal corto, bien a causa de impasses políticos derivados de desacuerdos entre los miembros de la coalición.

CUADRO 8

Inflación, desempleo e inestabilidad política (1973-86)

	Inflación media (ranking) (a)	Desempleo medio (ranking) (b)	Indice de miseria (ranking) (a)+(b)	Indice de estabilidad política
Portugal	19.0(1)	ND	ND	4
Grecia	17.2(2)	ND	ND	4
España	13.6(4)	11.3(2)	24.9(1)	4
Italia	13.7(3)	8.1(4)	21.8(2)	4
Bélgica	6.9(14)	11.9(1)	18.8(3)	3
Reino Unido	10.7(6)	8.1(4)	18.8(3)	2
Canadá	7.8(13)	8.5(3)	16.3(5)	2
Dinamarca	8.8(10)	7.2(6)	16.0(6)	3
Australia	9.7(8)	6.2(8)	15.9(7)	2
Francia	9.2(9)	6.5(7)	15.7(8)	3
Finlandia	9.8(7)	4.8(10)	14.6(9)	2
Nueva Zelanda	12.0(5)	2.2(13)	14.2(10)	2
Estados Unidos	6.9(14)	7.2(6)	14.1(11)	2
Países Bajos	5.5(17)	7.8(5)	13.3(12)	3
Suecia	8.7(11)	2.4(12)	11.1(13)	2
Noruega	8.4(12)	1.7(15)	10.1(14)	2
Alemania	4.1(19)	5.7(9)	9.8(15)	2
Japón	6.4(16)	2.1(14)	8.5(16)	1
Austria	5.4(18)	2.9(11)	8.3(17)	2
Suiza	4.1(19)	0.5(16)	4.6(18)	1

Fuentes: Inflación y desempleo, véase nota 10; Índice de estabilidad política, véase Apéndice.

El cuadro 8 muestra que el grado de inestabilidad política puede ir acompañado de resultados económicos insatisfactorios en inflación y desempleo. En este cuadro, y en el comentario subsiguiente, se deben interpretar la inflación y el desempleo

como las variables reales (no como la desviación de innovaciones respecto de un promedio de varios países). Se compara un índice de estabilidad política -que oscila de 1, como máxima estabilidad, a 4, como mínima- con el nivel medio de inflación y desempleo (1973-86) de 20 países. Este índice de estabilidad recoge y aúna varias características político-institucionales de cada país: cohesión política del gobierno, según un índice propuesto por Roubini y Sachs (1988); presencia de cambios institucionales importantes, como la transición de dictadura a democracia; existencia de partidos extremos con relevancia política; frecuencia de elecciones adelantadas, e incidencia de conflictos regionales/ lingüísticos/ étnicos. La composición de este índice aparece descrita en el Apéndice.

La correlación positiva entre la inestabilidad, medida según el índice del cuadro 8, y el índice de miseria de Okun (suma de inflación y desempleo) es muy fuerte. Con sólo una excepción (una vez más, los Países Bajos), ninguno de los países menos estables -los que tienen un índice de estabilidad de 3 y 4- se encuentra en la mitad inferior de los 18 países para los que se dispone de índice de miseria. Los países con un índice 4 presentan sistemáticamente el índice más alto de miseria y las tasas más altas de inflación. Los dos países con índice 1 tienen dos de los tres índices de miseria más bajos. Por lo demás, Grecia y España muestran los peores resultados económicos (especialmente en materia de inflación) durante la transición de la dictadura a la democracia, es decir, en el periodo más álgido de incertidumbre e inestabilidad política. Las perspectivas económicas han mejorado considerablemente una vez establecidas instituciones democráticas estables. El Reino Unido constituye un caso atípico interesante, ya que combina índices de miseria y de estabilidad política bastante altos, 2. Este país cuenta con un sistema bipartidista institucionalmente robusto y casi modélico. Sin embargo, la mayoría de los observadores estarían de acuerdo en que la política de partidos británica está más bien polarizada. Los partidos laborista y

conservador están probablemente más diferenciados ideológicamente que, por ejemplo, los partidos demócrata y republicano estadounidenses, los cuales forman otro sistema bipartidista con el mismo índice de estabilidad que el Reino Unido y un índice de miseria mucho más bajo. Este ejemplo sirve para recordar que es muy difícil explicar diferencias ideológicas entre partidos en diferentes países, y el índice propuesto adolece de este defecto.

Lo que sí se puede deducir del cuadro 8 es que existe una asociación entre resultados económicos y estabilidad política, sin que se pueda determinar ninguna dirección de causalidad. Sin embargo, nosotros hemos sugerido, al menos implícitamente, una interpretación que establece una causalidad que va fundamentalmente de la estabilidad política a la económica. Las razones son las mismas que las propuestas por Roubini y Sachs (1988), reproducidas a continuación casi literalmente: en primer lugar, el carácter del régimen depende crucialmente de su proceso institucional (por ejemplo, la ley electoral); y en segundo, el carácter del régimen es más bien estable en el tiempo. No hay que decir que estos argumentos no excluyen un cierto papel de la causalidad opuesta, o una cierta interacción entre los dos elementos.

Por último, el cuadro 9, basado en uno similar de Alesina (1988a), muestra una relación positiva entre un índice que mida el grado de independencia del banco central respecto del poder ejecutivo y la tasa de inflación. (Para un modelo compatible con esta regularidad, véase Rogoff, 1985a).

CUADRO 9

Inflación e independencia del banco central (1973-86)

	Inflación media	Indice de independencia del banco central
Italia	13.7	1/2
España	13.6	1
Nueva Zelanda	12.0	1
Reino Unido	10.7	2
Finlandia	9.8	2
Australia	9.7	1
Francia	9.2	2
Dinamarca	8.8	2
Suecia	8.7	2
Noruega	8.4	2
Canadá	7.8	2
Bélgica	6.9	2
Estados Unidos	6.9	3
Japón	6.4	3
Países Bajos	5.5	2
Suiza	4.1	4
Alemania	4.1	4

Fuentes: Inflación, véase nota 6; índice de independencia del banco central, véase texto y Alesina (1988a) para más detalles.

Se clasifican los bancos centrales en cuatro grupos que van del menos independiente -1- al más independiente -4-. Esta clasificación, basada en Bade y Parkin (1985) y Masciandaro y Tabellini (1988), obedece a varias características institucionales de los diferentes bancos centrales, tales como: la relación institucional formal entre el banco central y el ejecutivo (por ejemplo, quién designa al presidente o goberna-

dor de ese banco y con qué frecuencia, presencia de funcionarios gubernamentales en los consejos o juntas ejecutivos del banco); el grado de contactos oficiosos entre el ejecutivo y el banco central, y la existencia de normas que fuercen al banco central a atenerse automáticamente a la política fiscal. En el cuadro 9 se observa que los cuatro bancos centrales más independientes (Japón, Estados Unidos y, especialmente, Alemania Federal y Suiza) se han visto asociados a cuatro de las cinco tasas más bajas de inflación. De modo muy análogo al de la estabilidad política, esta simultaneidad no supone necesariamente un vínculo causal. Sin embargo, sí hace pensar que los países con preferencia por una inflación baja prefieren crear bancos centrales independientes como medio más eficaz para conseguir ese objetivo.

5. CONSECUENCIAS DE POLITICA ECONOMICA.

5.1 Normas, discreción e instituciones.

El enfoque político-económico aporta nuevos argumentos al debate sobre dialéctica entre normas y discreción en materia de política. Por algún tiempo, este debate ha estado influido por las importantes contribuciones de Kydland y Prescott (1977), y Barro y Gordon (1983). Estos autores han fortalecido el argumento tradicional, en defensa de las normas de política monetaria, basado en la convicción de que los gobiernos tienen una tendencia intrínseca a utilizar incorrectamente, e incluso a abusar de, los instrumentos de que disponen. Partiendo de la misma premisa de que los responsables discrecionales de la política económica se enfrentan a un incentivo de inflar la economía para obtener reducciones a corto plazo del desempleo,

las últimas contribuciones al debate señalan además que el recurso repetido a este instrumento de política eleva las expectativas inflacionarias, lo que resulta, en último término, en que el desempleo no se reduzca y en que la inflación siga siendo excesivamente alta. El análisis político-económico pone de relieve que el comportamiento partidista de los diferentes gobiernos puede, en muchos casos, inducir fluctuaciones económicas desproporcionadas: la conducta partidista puede tener un efecto desestabilizador sobre la economía por razón de una excesiva variabilidad de las políticas escogidas. De aquí se deduciría que un acuerdo entre todos los partidos políticos sobre una serie de normas de política, que redujera el margen discrecional de cada gobierno, podría ser beneficioso, al reducir la variabilidad excesiva de las políticas partidistas y el empleo electoral de la política macroeconómica. Dicho de otro modo, unas normas de política consensuadas, como sería la monetaria o la de presupuesto equilibrado, pueden crear un cierto grado de "coordinación intertemporal de política" entre gobiernos sucesivos en un determinado país. Con el objeto de reducir la excesiva inestabilidad mediante la cooperación diacrónica, y si se quiere que el gobierno actual siga una norma consensuada, este gobierno debe estar convencido de que los precedentes han hecho lo mismo y de que los posteriores también lo harán. Unas normas de política de este tipo requieren un mecanismo que exija su cumplimiento; de otro modo, una vez llegado al poder, cada gobierno abandonará la norma y aplicará sus propias políticas partidistas.

Un mecanismo institucional para exigir el cumplimiento de esas normas podría residir en organismos independientes (por ejemplo, el banco central del país) no sujetos a la discreción gubernamental. La cuestión de la independencia del banco central está ya ampliamente debatida. La "noción convencional" es que esta independencia es deseable porque así el banco está menos sujeto a la presión política. Se plantean, sin embargo, tres dificultades a este respecto. La primera es que es muy

arduo, si no imposible, eliminar completamente la presión política directa o indirecta sobre los gobernadores de tales instituciones. Por ejemplo, Woolley (1984) ofrece varios casos convincentes de la influencia de los presidentes estadounidenses sobre la relativamente independiente Reserva Federal. El segundo argumento contra la independencia es que puede crear problemas de coordinación entre las políticas monetaria y fiscal. Un conflicto de objetivos entre las autoridades fiscales y las monetarias puede traducirse en una opción subóptima de instrumentos descoordinados de política. El tercer argumento se reduce a que normalmente no se querrá renunciar al control democrático de la política monetaria. Ciertamente, es muy posible que la sociedad desee asegurarse de que los objetivos de un organismo independiente, como el banco central, no se desvíen de los objetivos sociales. Por ello, puede resultar imposible, e incluso no deseable, establecer un banco central completamente independiente. La cuestión, así, es cuál es la forma más deseable de control político sobre la política monetaria. De lo dicho hasta ahora cabe deducir que sería deseable aislar la política monetaria de la influencia directa de ejecutivos "partidistas". Piénsese, por el contrario, en el siguiente esquema institucional. El parlamento o poder legislativo selecciona, por mayoría cualificada, las normas generales que rigen la política monetaria. La exigencia de una mayoría cualificada garantiza que cada nuevo gobierno con mayoría simple en la cámara no pueda derogar las normas. El banco central lleva la normativa a la práctica. La existencia de la normativa dificultará la influencia del ejecutivo sobre el banco central, el cual será responsable ante el legislativo de la aplicación de la norma. Este sistema garantiza el control democrático de la política monetaria, limitando los efectos de una excesiva inestabilidad partidista y el uso electoral de este instrumento. Monti (1985) también se refiere a otros posibles argumentos en favor del control democrático de la política monetaria.

Llegados a este punto, se debe insistir en que nada contenido en los argumentos expuestos hasta ahora sugiere cuál es la norma "mejor". En especial, no existe la presunción de que una tasa de crecimiento fijo de corte monetarista sea la norma óptima. Esta norma podría dejar, en efecto, cierto margen a una política de estabilización, especificando en qué circunstancias habría que adoptar cada una de las posibles vías de acción. Sin embargo, es de sobra conocido que cuanto más compleja sea la norma más difícil será vigilar su cumplimiento. Habrá, por tanto, que formular normas relativamente simples. De todos modos, dado que una norma simple puede fácilmente dar resultados insatisfactorios en circunstancias excepcionales, será quizá conveniente dejar un cierto grado de discrecionalidad en la adopción de políticas para evitar así el riesgo de verse atrapado institucionalmente en una línea de acción monetaria que se torne sumamente ineficiente en una coyuntura excepcional. Dicho en pocas palabras, el diseño institucional que se acaba de esbozar deberá enfocarse al punto óptimo en el trueque de ventajas e inconvenientes entre normativa y discrecionalidad.

5.2 Coordinación de la política económica internacional.

La cuestión de la coordinación diacrónica de política entre gobiernos sucesivos está íntimamente relacionada con la de la coordinación de política económica entre países en un determinado momento. Varios autores han subrayado los beneficios posibles de una coordinación internacional de política económica (para una visión panorámica de la literatura pertinente, véase Fischer, 1987). La coordinación de política resulta siempre beneficiosa si los responsables de las decisiones son "planificadores sociales benevolentes" que aplican la política óptima(9). En la práctica, los acuerdos internacionales no están concebidos por "planificadores sociales", sino por

políticos del mundo real. Putnam y Bayne (1987) documentan las conexiones entre los incentivos políticos internos y el resultado de las reuniones a alto nivel del Grupo de los Siete. Lohmann (1987) y Tabellini (1987) han formalizado la interacción entre los problemas internacionales e intertemporales de coordinación de política. El mensaje básico es la necesidad de distinguir entre dos tipos de coordinación internacional de política.

El primer tipo sería aquél en que los diversos gobiernos que se hallan en el poder en un determinado momento adoptan decisiones discrecionales coordinadas: los países se coordinan entre sí, pero no así los partidos. Esta modalidad de coordinación internacional de política puede fácilmente resultar contraproducente si dos gobiernos "partidistas" se ponen de acuerdo entre sí y reducen los beneficios generales al tratar de mejorar la situación de sus dos electorados respectivos. El segundo tipo de coordinación de política a nivel internacional supone simultáneamente la resolución del problema de coordinación intertemporal a nivel nacional: los partidos políticos de cada país acuerdan cooperar mediante unas normas de política también coordinadas a nivel internacional.

Un acuerdo internacional para adoptar decisiones de política discrecionales y específicas en un momento dado puede fácilmente caer dentro de la primera categoría. Putnam y Bayne (1987) sostienen, por ejemplo, que en la cumbre de 1978 la coordinación de los tres principales gobiernos de "ala izquierda" (Estados Unidos, Alemania Federal y Reino Unido) desembocó en una "sobrestimación" de la economía mundial, la cual, combinada con la segunda crisis del petróleo, se tradujo en la alta tasa de inflación de los últimos años setenta y primeros ochenta. De forma semejante, a comienzos del presente decenio, es posible que el giro casi simultáneo hacia políticas antiinflacionistas por parte de los conservadores en estos tres países magnificara el alcance de la recesión mundial. Por el

contrario, el acuerdo internacional que llevó a la creación del SME puede interpretarse como una coordinación de políticas del segundo tipo, ya que se trata de un acuerdo sobre una norma de política, y no sobre una medida discrecional y concreta en un momento determinado.

5.3 ¿Son malas para la economía las instituciones democráticas?.

Todas las teorías político-económicas del equilibrio dialéctico entre inflación y desempleo arriba examinadas tienen en común la afirmación de que las elecciones pueden ser costosas para la economía. Sin embargo, hay al menos dos razones para que las elecciones puedan producir beneficios económicos(10). La primera se reduce a una cuestión de eficiencia. Las elecciones pueden ser un mecanismo para distinguir entre políticos competentes e incompetentes. Rogoff (1987) y Rogoff y Sibert (1988) demuestran cómo los políticos, antes de las elecciones, se desmelenan y adoptan políticas subóptimas con el fin de hacer creer a los votantes que son muy "competentes". De este modo, si los mandatos son largos, la "incompetencia" se instalará en el poder durante mucho tiempo. En consecuencia, las elecciones frecuentes pueden presentar el inconveniente de ciclos subóptimos frecuentes y la ventaja de mandatos breves de políticos incompetentes. En segundo lugar, las elecciones pueden servir para distinguir (e incluso desarrollar) preferencias sociales en un mundo de políticos partidistas. Aun en el caso de que los diferentes partidos acuerden entre sí cierta medida de coordinación intertemporal de políticas y de cooperación mutua durante un cierto periodo, los resultados electorales pueden alterar el peso relativo de cada partido. De este modo, las elecciones condicionan el poder negociador de cada partido y, por tanto, la orientación del acuerdo de cooperación alcanzado. Alesina (1987 y 1988b)

formula explícitamente este argumento de negociación política.

Estas consideraciones llevan inevitablemente a la cuestión frontal de la frecuencia óptima de las elecciones y de la conveniencia de fijar exógenamente el calendario electoral. ¿Es preferible (desde un punto de vista económico) tener fechas fijas de elecciones o dejar abierta la posibilidad de convocar elecciones anticipadas?. En este último caso, las elecciones anticipadas pueden venir dictadas estratégicamente por un gobierno para sacar provecho de una situación económica especialmente favorable. Este motivo puede distorsionar los incentivos políticos de los gobernantes y dar lugar a resultados económicos subóptimos. Por otra parte, las elecciones anticipadas pueden resolver bloqueos políticos y la parálisis que les caracteriza. Habrá, pues, que sopesar los costes y los beneficios de las dos alternativas, teniendo en cuenta que la evaluación de unos y otros puede relacionarse con la estructura del sistema de partidos. Por ejemplo, en un sistema pluripartidista, con gobiernos amplios de coalición, la posibilidad de bloqueos políticos costosos es superior a la que se plantea en sistemas de doble partido, y por tanto será ventajosa la determinación endógena del calendario electoral. Quizá el dispositivo óptimo sería hacer difícil, si bien no imposible, la convocatoria anticipada de elecciones mediante la especificación clara de los casos en que se pueda recurrir a esta solución.

Este punto lleva a una cuestión aún más fundamental; ¿cuál es el "número óptimo" de partidos?. Es claro que el número de partidos puede verse influido por el diseño institucional, del que formaría parte la normativa electoral. Los resultados obtenidos recientemente por Roubini y Sachs (1988) y los presentados aquí en el apartado 3.3 hacen pensar, al menos a título provisional, que los sistemas pluripartidistas con gobiernos de amplia coalición, ceteris paribus, registran fuertes déficit presupuestarios y altos "índices de miseria"

(inflación más desempleo). Sin embargo, habrá que tomar con cautela estos resultados, ya que no es fácil establecer vínculos causales precisos.

6. CONCLUSIONES.

La "teoría partidista" de política económica, al insistir en las diferencias sistemáticas entre partidos políticos, parece verse confirmada por los hechos registrados en varias economías industriales durante los últimos veinte años. La diferencia de resultados económicos reales bajo diferentes gobiernos es, en su mayor parte, transitoria y se concentra al comienzo del mandato respectivo. En efecto, los gobiernos conservadores empiezan con frecuencia su turno en el poder con tasas de crecimiento inferiores a la media precedente, un aumento del desempleo cíclico y una reducción de la inflación. El resultado opuesto ocurre a menudo al comienzo del mandato de un gobierno de izquierda. En la segunda mitad de los mandatos, la diferencia de resultados económicos reales tiende a desaparecer, aun cuando la inflación pueda permanecer (en promedio) más alta con gobiernos de izquierdas. La confirmación de la teoría de "ciclos político-económicos" es más problemática. Varios gobiernos conservadores muestran una pauta de crecimiento y desempleo que es compatible con esta forma de pensar. Sin embargo, esta pauta -recesión al comienzo, recuperación hacia el final del mandato- también es coherente con la teoría partidista, con efectos transitorios. Por el contrario, es muy difícil, en el mejor de los casos, probar empíricamente que los gobiernos de izquierdas hayan seguido habitualmente esta pauta.

Los resultados empíricos aducidos en este trabajo parecen indicar el siguiente perfil de los hechos. Una vez en el poder,

los gobiernos conservadores tienden a combatir la inflación, especialmente si han heredado una tasa alta de la misma. Esto provoca una recesión inicial; una vez ajustada la economía, normalmente se produce una recuperación a tiempo para las próximas elecciones. Estos gobiernos conservadores, por otra parte, no detienen la recuperación preelectoral si la inflación se mantiene baja. Ejemplos especialmente convincentes serían el primer mandato de Reagan, el primero de los conservadores suecos, el primer gobierno de Thatcher y, quizás, el gobierno de Kohl. Por otra parte, cuando los gobiernos de izquierdas acceden al poder, luchan contra el desempleo y consiguen una expansión en la fase inicial de su mandato. Una vez que la inflación se hace sentir, permiten que caiga la tasa de crecimiento, incluso en periodos preelectorales, ya que la inflación puede ser considerada realmente como el principal problema económico. En tales circunstancias, la pauta de crecimiento del producto y del desempleo es la opuesta a la prevista por Nordhaus (1975). Ejemplos de esta teoría podrían muy bien ser los del Presidente Carter (1976-80), el Presidente Mitterand (1981-86), los socialdemócratas alemanes (1976-80) y los socialdemócratas suecos (1983-85). Finalmente, una mirada más atenta y más específica a la política fiscal puede indicar que, de acuerdo con el espíritu de la teoría de "ciclos político-económicos", la política fiscal raramente se torna más estricta inmediatamente antes de las elecciones, con independencia de la orientación ideológica del gobierno.

La estabilidad económica y la política pueden estar sumamente interrelacionadas. Los países con sistemas e historias políticas relativamente estables y menos polarizados registran resultados económicos superiores. Aun cuando es en general difícil establecer nexos de causalidad en este contexto, son varios los argumentos que indican que la causalidad va de la estabilidad política a la económica. Digamos finalmente que la consideración explícita de la interacción entre política y economía plantea importantes derivaciones normativas para el

diseño institucional. Varias cuestiones normativas, tales como la conveniencia de un marco normativo de política, la independencia del banco central y la coordinación internacional de las directrices de política, no podrán ser dilucidadas plenamente sin una consideración explícita de los factores políticos que afectan a la política económica.

COMENTARIOS

James Mirrlees

Nuffield College (Oxford)

Alberto Alesina ha recogido varios estudios recientes sobre el impacto de la política de partidos sobre la economía y ha contrastado, con enorme eficacia, la teoría con los datos empíricos de varios países. Se trata de un trabajo sumamente interesante. Alesina mantiene una teoría concreta, la de los partidos racionales, que combina la teoría partidista previa de Hibbs y la teoría macroeconómica de las expectativas racionales.

La teoría partidista racional contiene muchos elementos. Se basa en la hipótesis de que los diferentes partidos políticos adoptan posturas diferentes, especialmente en lo que se refiere a los valores distributivos. Esto es plausible, si bien diferente de la teoría Hotelling-Downs, que predice que los partidos convendrán en posiciones fundamentalmente similares por razón de su interés en sustraer tantos votantes como sea posible a sus rivales en el juego político. Alesina ha señalado algunas de las razones por las que se puede poner en duda la

validez de la teoría Hotelling; por ejemplo, las elecciones presidenciales estadounidenses, que se celebran en dos rondas. El dinero ciertamente cuenta en política, más en unos países que en otros, y ofrece en sí mismo a los partidos razones de diferenciación específica. Si todos los partidos fueran lo mismo, pocas razones habría para que mereciera la pena contribuir a uno u otro. La existencia de terceros partidos también constituye un elemento diferenciador. Todas estas consideraciones varían tanto de un país a otro que cabe preguntarse si es razonable esperar de una determinada teoría que se verifique en muchos países. Desgraciadamente, es prácticamente imposible comprobar estadísticamente la teoría en un país concreto cualquiera.

Otros elementos de la teoría resultan menos atractivos. Se supone que los gobiernos tienen siempre la misma teoría de la economía y recurren siempre a los mismos instrumentos de política. En el modelo de Alesina, ningún gobierno pone en duda la teoría de la tasa natural de desempleo, ni considera la aplicación de controles de renta y precios o de capitales internacionales.

Alesina contrasta su teoría con la de los ciclos económicos de índole política, que no merece su aprobación. Según esta teoría, todo partido adopta políticas expansionistas al acercarse las elecciones, tras un periodo de contracción en la primera fase de su mandato. En la teoría partidista, los partidos de izquierda (que dan mayor importancia al empleo y menor a la inflación, en contraste con los partidos de derecha) adoptan políticas expansionistas tras ganar las elecciones, en tanto que los partidos conservadores adoptan políticas deflacionistas. En cada caso, según la teoría, el nivel de empleo recupera su normalidad y la tasa de inflación un valor constante.

Se pueden interpretar estas teorías de forma exclusiva, es

decir: la primera teoría en el sentido de que los gobiernos están motivados sólo por su deseo de mantenerse en el poder; la segunda, que los gobiernos sólo tienen como motivos las preferencias distributivas que representan. Es más natural interpretarlas como potencial y simultáneamente verdaderas, hasta cierto punto. Con independencia del enfoque adoptado, el método de comprobación de Alesina resulta insatisfactorio. En primer lugar, compara la TPR con una hipótesis alternativa (implícita) nula, en la que ni los partidos de izquierda ni los de derecha aportan nuevas políticas tras un cambio de régimen.

Esta alternativa no es plausible. Alesina sostiene que los datos confirman la TPR frente a la alternativa nula. En mi opinión, esto es afirmar demasiado, ya que los datos del cuadro 2 podrían haberse producido aleatoriamente, sin desviaciones excesivas respecto de los resultados medios previstos según la hipótesis nula. Sin embargo, puestos a escoger entre estas dos alternativas, habría que aceptar la TPR, si bien con algún recelo.

Procede Alesina luego a enfrentar dos teorías que no son mutuamente excluyentes. Compara, en efecto, TPR y CPE restringiendo la atención a gobiernos de izquierda, aduciendo para ello que las teorías formulan las mismas predicciones para los gobiernos conservadores (lo que no es del todo cierto, ya que la secuencia del ciclo electoral es algo diferente en las dos teorías puras). De su cuadro 6 se deduce en realidad que no existe vinculación entre el nivel (ajustado) de desempleo y el transcurso de la vida del gobierno, y que existe una tendencia pronunciada a un crecimiento menor justamente antes de las elecciones. De hecho llega a afirmar que, si hay que escoger entre TPR y CPE, se debe aceptar la TPR porque las observaciones confirman más probablemente TPR que CPE. Sin embargo, no hay por qué escoger entre estas dos posibilidades.

Cabe muy bien que ambas influencias sean operativas: es

posible, en efecto, que los gobiernos de izquierda apliquen políticas expansionistas cuando suceden en el poder a gobiernos conservadores por razón de sus diferentes valores distribucionales, pasando luego a aplicar políticas expansionistas, una vez más, al aproximarse las elecciones. Ello estaría en consonancia con las observaciones sobre desempleo. La tendencia, observada en esta muestra reducida y heterogénea, a que el crecimiento sea inferior hacia el final del mandato gubernamental puede muy bien deberse a las tasas de crecimiento descendentes en otros países industriales. En general, aunque es posible que consideraciones de orden tanto prudencial como ideológico primen en la determinación de la política económica, la importancia de unas y otras podrá valorarse solamente mediante el estudio de la pauta global de empleo, producto e inflación durante todo el periodo que va de una elección a otra. Pero este lapso es, con frecuencia, demasiado corto, y los datos disponibles resultan insuficientes para juzgar con confianza la fuerza relativa de estas influencias, y mucho más todavía para estimar una u otra como cero.

En la parte final de su trabajo, Alesina estudia la conveniencia de organismos económicos que sean apolíticos, o al menos mucho más impermeables a los cambios de gobierno que las políticas económicas. Si los diversos gobiernos sucesivos confirman la teoría partidista racional, ¿cómo podrán crearse instituciones que uniformicen la política macroeconómica?. Las ventajas de su existencia deberán ser muy claras si se quiere superar la fuerte resistencia a reducir el ámbito político. Se supone que la gran ventaja será la reducción de la incertidumbre; me pregunto si esto será suficiente.

Un organismo económico podría gozar de considerable continuidad sin tener que limitarse a normas simples y comprobables. ¿Cuál sería su función?. Si el gobierno en el poder decide fijar los tipos impositivos y los niveles de gasto público, al organismo le corresponderá determinar la financia-

ción del déficit; sería en tal caso un banco central. ¿Cabe entonces concluir simplemente que el banco central deberá mostrarse menos permeable a las preferencias gubernamentales?. No lo creo así. Partimos en este debate del intento de reducir las fluctuaciones en la estructura distributiva de la política económica pública. El argumento se aplica tanto a la estructura tributaria (incluida la seguridad social y otros gastos públicos) como al "impuesto" de inflación y a la forma de la deuda nacional. Nos vemos pues inducidos a considerar una institución de gestión económica que abarque toda la gama de políticas económicas. En el Reino Unido se describiría este hecho como independencia del Tesoro. No llego a esta conclusión como una reductio ad absurdum, aunque muchos serán los que así lo consideren. Es una posibilidad que merece ser tomada en serio, ya que plantea la opción de expresar adecuadamente los juicios distributivos de compromiso que deben regir la institución; dicho en otras palabras, de determinar la función de bienestar social.

Manfred J.M. Neumann

Universidad de Bonn

Empecemos abordando algunas cuestiones analíticas. El punto de partida de la teoría de los ciclos político-económicos (CPE) es la suposición, deliberadamente restrictiva, de que los políticos, de derechas e izquierdas, funcionan como homines oeconomici racionales que maximizan sus propias preferencias en lugar del "bien social" justo. De aquí se sigue la fuerte conclusión de que los que están en el poder tratan de engañar a los votantes sobre su nivel de competencia mediante una oportuna manipulación preelectoral de los instrumentos de política, aumentando así sus posibilidades de reelección. Para que ello sea así, se requiere una segunda suposición: que los votantes padecen una cierta incapacidad informativa.

Esta segunda hipótesis no es excesiva (si bien Alesina tiene razón al afirmar que las primeras teorizaciones de la miopía del votante eran excesivamente simplistas). Por ello, apenas resulta sorprendente que las observaciones entre países sobre ciclos de producto, inflación y desempleo no nos permitan rechazar la hipótesis nula de puros paseos aleatorios. Una comprobación más pertinente de CPE se refiere a ciclos cortos de instrumentos de política. El cuadro 6 de Alesina, que muestra el equilibrio presupuestario de doce países, indica que, en el 64 % de los casos, el déficit aumentó en los años electorales. Esta observación resulta interesante, pero no es concluyente.

La teoría CPE trata del comportamiento del partido en el poder en aspectos relativos a ciertas variables económicas. Por el contrario, la teoría de los "partidos racionales" (TPR), abrazada por Alesina y otros autores, no explica el comportamiento del partido gobernante. Se limita a suponer que los partidos de izquierda prefieren una tasa superior de expansión que los partidos de derecha, y recurre a esa suposición para explicar el efecto de las elecciones sobre las variables macroeconómicas. Para ello, se basa en la incertidumbre inducida por las elecciones. Si los agentes suscriben contratos antes de éstas, los contratos estarán basados en la expectativa, ponderada por su probabilidad, de la tasa de inflación posterior al resultado electoral. La tasa efectiva de inflación será superior o inferior a esta expectativa según suba al poder un partido de izquierda o derecha. Se producirá así una expansión o contracción transitoria de la actividad económica real tras cada elección.

Yo formularía dos reservas principales. En primer lugar, me preguntaría por qué los agentes racionales no suscriben contratos condicionados al resultado de las elecciones, o simplemente los limitan en su vigencia al día de las mismas. De

una u otra forma se eliminarían los efectos reales inducidos por las elecciones. En segundo lugar, por qué querrán votar los electores a un partido que sólo puede lograr efectos económicos reales mediante la sorpresa -es decir, el engaño- de sus propios votantes. En conjunto, el votante contemplado en la TPR no es más sagaz que el del enfoque tradicional CPE.

Alesina estudia una rica colección de datos sobre inflación, crecimiento real y desempleo de 12 países. Cada uno de los cinco indicadores que presenta en los cuadros 2 y A1 parece ser compatible con la TPR. Si los cambios de régimen político son acontecimientos independientes, podemos usar la distribución binómica para contrastar TPR con la hipótesis nula de que las observaciones fueron generadas por políticas aleatorias. Considérese, para empezar, el indicador de inflación I_5 . Excluido el caso alemán de 1972 -que no fue un cambio de régimen-, observamos que en el 73 % de los cambios de régimen de la muestra (16 de 22) la tasa media de inflación corrobora la predicción TPR. La hipótesis nula queda rechazada al nivel de significación del 5 %.

Resulta más difícil interpretar los indicadores de producto y empleo. Una prueba sería consistiría en atenerse a la muestra de 22 cambios de régimen para los que el indicador I_5 es computable, examinando los indicadores de Alesina I_1 a I_4 en esta muestra. Comenzando con el indicador de producto I_1 , encontramos sólo en 13 casos (59 %) que el producto poselectoral se comportó según TPR. Los restantes indicadores I_2 a I_4 se comportan así en menos del 50 % de los casos (respectivamente 10, 8 y 9 casos de los 22 de la muestra). La hipótesis nula ciertamente no puede ser rechazada. Una prueba menos exigente sería incluir también en la muestra los casos en que el indicador de la inflación I_5 no es computable. Puede entonces rechazarse la hipótesis nula al nivel de 5 % para los indicadores I_1 e I_2 , si bien no es ése el caso para los indicadores de desempleo I_3 e I_4 . Alesina también ofrece regresiones de

crecimiento de producción y desempleo en un cambio de régimen ficticio (cuadro 4). Aunque las estimaciones del parámetro presentan el signo previsto por la TPR, la mayoría no son significativamente diferentes de cero.

Resumiendo, podemos concluir provisionalmente que existe una confirmación más bien débil de la TPR. Pero son necesarias más precisiones. En primer lugar, la confirmación no afecta directamente a la validez de la hipótesis rival CPE: las teorías formulan predicciones diferentes sólo cuando se producen giros políticos hacia la izquierda. En segundo lugar, Alesina, por razones válidas, no ha trabajado con los datos originales de países, sino que ha tratado aproximativamente de eliminar el efecto del nivel mundial de actividad económica. Pero, a diferencia de trabajos anteriores, Alesina no aplica en éste las ponderaciones de país al computar las medias mundiales de inflación, crecimiento del producto o desempleo y sustraerlas a continuación de los datos brutos. El procedimiento introduce sesgos sistemáticos, resultando imposible decir en qué medida podrían afectar los resultados.

En las últimas secciones de su artículo, Alesina estudia el efecto de la inestabilidad política en la evolución económica. Es importante saber qué instituciones pueden contribuir más eficazmente a la continuidad de la política económica. En principio, podría parecer que plantea el mismo peligro de inflación que el poder legislativo (como propone Alesina) fije una norma monetaria que el banco central deba obedecer, o que establezca un banco central independiente. Después de todo, el Parlamento puede cambiar de opinión en ambos casos. Sin embargo, en la práctica, como se desprende de la experiencia concreta de Suiza y Alemania, al cabo de cierto tiempo, los parlamentos ya no se atreven a alterar la condición independiente del banco central, lo que, en consecuencia, constituye una garantía más fiable contra la inflación.

Comentarios generales

Los componentes de la mesa abordaron ciertos aspectos teóricos del vínculo entre la política de partidos y la política macroeconómica, así como los problemas de medición surgidos en la evaluación de esas teorías.

En lo referente a la teoría, *David Begg* explicó que no se sentía tan preocupado como *Manfred Neumann* por la falta aparente de justificación de la diferencia de objetivos entre gobiernos según la teoría partidista. En su opinión, la divergencia de objetivos de los gobiernos de izquierda y derecha podría deberse simplemente a una percepción diferente de las limitaciones de política económica. En efecto, los gobiernos progresistas verían el mundo desde un ángulo más keynesiano que los gobiernos conservadores. En este sentido, algunos integrantes de la mesa insistieron en que no sería racional que los trabajadores asumieran contratos salariales con vigencia durante un periodo electoral. Se podrían formular contratos condicionados a los resultados de las elecciones. *Alesina* admitió este extremo, si bien sostuvo que lo habitual era suponer la ausencia de tales contratos, muy probablemente difíciles de negociar. *Charles Wyplosz* se mostró interesado por la miopía tanto de la teoría partidista como de la de ciclos político-económicos. En efecto, los gobiernos sólo consideran en esos modelos una elección, cuando parecería más realista aplicar un modelo en que los gobiernos tuvieran objetivos a largo plazo que cubrieran varias elecciones. En este sentido, resulta muy sorprendente que, en el contexto de las teorías partidistas, los gobiernos de izquierda no figuren en el poder con excesiva frecuencia; de hecho, la teoría de partidos señala que los gobiernos de izquierda acabarán su mandato con una tasa de inflación superior que los gobiernos de derecha, en tanto que el desempleo será semejante en los dos regímenes. Esto no

contribuirá a la reelección de gobiernos de izquierda.

Tras los comentarios de Mirrlees, se produjo un debate sobre si los enfoques partidista o de ciclos político-económicos deben considerarse teorías rivales. *Alesina* señaló que, si bien estos enfoques ofrecen explicaciones más complementarias que alternativas, sí presentan a veces implicaciones opuestas con respecto a la evolución de la inflación y el desempleo. La evaluación de tales derivaciones podría, sin embargo, indicar que una teoría es más pertinente que la otra.

En cuanto a los aspectos de medición, *Jean-Pierre Danthine* sugirió que podría usarse la reacción de los mercados financieros para evaluar la validez de la teoría partidista. Ciertamente, cabe esperar que los mercados financieros reaccionarán diferentemente según sea elegido un gobierno de derechas o de izquierdas. *Jeffrey Sachs* señaló que en las fluctuaciones cambiarias de Estados Unidos podría muy bien existir un vínculo con los resultados de las elecciones en consonancia con la teoría de partidos. *Alesina* reconoció que en Europa se podría realizar un análisis similar. *Sachs* apuntó que la evaluación de las sorpresas de la inflación no debería limitarse al año posterior a las elecciones. De hecho, los gobiernos pueden emplear el tipo de cambio en un momento de expansión fiscal con el fin de posponer los efectos inflacionarios previsibles. En consecuencia, se deberá prestar atención a las variaciones de la inflación durante un periodo más prolongado.

Wyplosz sugirió que quizá sea excesivo el énfasis que se pone sobre las variables macroeconómicas para identificar las diferentes políticas. En su opinión, debería prestarse mayor atención a las variaciones de la distribución de la renta. Añadió que los gobiernos franceses se mostraban particularmente ágiles a este respecto.

NOTAS

(*) Quisiera expresar mi agradecimiento a Jim Mirrlees y Manfred Neumann, miembros de la Mesa sobre Política Económica, a John Black y, especialmente, a Charles Wyplosz por sus numerosos y útiles comentarios a la primera redacción de este trabajo; a Jim Alt, Nouriel Roubini y Guido Tabellini por varias conversaciones sostenidas con ellos, que tanto me han ayudado; y a Suzanne Lohmann y Joy Beatty por su excelente ayuda investigadora.

(1) Minford y Peel (1982) también propusieron un "modelo macropolítico racional" en un perspicaz trabajo anterior. El énfasis y la estrategia modélica de ese trabajo difiere, sin embargo, de la expuesta en este artículo.

(2) Además, la información imperfecta sobre las preferencias de un político recientemente elegido puede hacer más largo el periodo de ajuste hasta que el público las conozca suficientemente (véase Barro, 1986).

(3) Los resultados no cambian cualitativamente si se escogen otras series "razonables" de países para formar estos índices. Por ejemplo, se obtendrían los mismos resultados si consideráramos en los tres indicadores la desviación respecto de la media en las cinco economías mayores del mundo (Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia y Reino Unido)..

(4) Se considera que el primer año de mandato es el año civil que sigue al año en que se produce un cambio de régimen. El último año de mandato incluye el año en que se produce el cambio. Esta metodología es razonable porque descuenta el desfase cronológico entre el cambio de gobierno y los efectos observables de las nuevas políticas.

(5) Se considera que las innovaciones son los valores residuales de un proceso regresivo de primer orden. En todos los países (con una excepción) un segundo desfase no es significativo. El autor dispone de los resultados de esas regresiones.

(6) El indicador I_5 no está definido en el primer cambio de régimen de la muestra, ya que la media del régimen con anterioridad al primer cambio no está bien definida. Tampoco hemos calculado el índice para los dos cambios producidos en 1985 (Bélgica y Noruega), ya que sólo se incluye en la muestra una observación sobre el nuevo régimen.

(7) Los resultados del Reino Unido y Estados Unidos confirman resultados previos afines favorables a la teoría partidista. Véase, por ejemplo, en lo que se refiere a Estados Unidos, Alesina Y Sachs (1988), Alesina (1988a) y las referencias citadas. Para el Reino Unido, véase Hibbs (1977), Minford y Peel (1982), Borooah y Van der Ploeg (1983), Minford (1985) y Alt (1985).

(8) Se define el "año electoral" como aquél en que se celebran las elecciones, si éstas tienen lugar después del 1 de junio. En los pocos casos en que se celebran las elecciones antes de esa fecha, consideramos como año electoral el año precedente. Se define el primer año de un mandato como el primer año siguiente al de celebración de las elecciones, si éstas tuvieron lugar después del 1 de junio, y el año de elecciones si éstas se produjeron antes de esa fecha. Nótese que en el cuadro 6 se incluyen tanto los casos en que ha habido reelección de un gobierno de izquierdas como aquéllos en los que no ha sido así.

(9) Véase Rogoff (1985b) para un caso de coordinación contraproducente de política económica por razón de que los planificadores sociales tuvieron problemas de coherencia intertemporal en sus propios países.

(10) No es necesario subrayar las obvias ventajas no económicas de las instituciones democráticas.

APENDICE

A1. cuadro A1: datos para cuadro 2

Este cuadro recoge los valores de los cinco indicadores de los cuadros 2 y 3 con cada cambio de régimen. Los cambios de régimen a la izquierda (derecha) aparecen identificados con una I (D). La definición de los índices aparece en el texto.

A2. Composición del índice de estabilidad política empleado en el cuadro 7

Este índice refleja la agregación de los siete indicadores que aparecen en el cuadro A2 más abajo.

La columna 1 del cuadro A2 se basa en el índice de Roubini y Sachs (1988) (R-S). Esta columna recoge la suma del índice anual R-S durante el periodo 1973-86. El índice R-S asume, cada año, estos valores:

- 0 para gobiernos con mayoría parlamentaria de un solo partido, o para gobiernos presidenciales con el mismo partido en mayoría en los poderes ejecutivo y legislativo;
 - 1 gobiernos parlamentarios de coalición con dos miembros coaligados; o gobiernos presidenciales con diferentes partidos en control de los poderes ejecutivo y legislativo;
-

CUADRO A1

Valores de los indicadores

		I ₁	I ₂	I ₃	I ₄	I ₅
Alemania						
9/69	I	-0.17	0.15	0.31	-0.03	ND
12/72	D	-0.64	-0.98	0.91	0.50	-1.52
10/82	D	0.81	-0.05	0.07	0.15	0.35
Australia						
12/72	I	-0.64	-0.85	0.05	0.35	ND
11/75	D	-1.60	-0.72	-0.29	0.01	-0.62
3/83	I	3.18	1.13	-1.21	-0.07	0.35
Austria						
4/70	I	1.11	1.03	-0.44	-0.14	ND
4/83	D	-1.05	-0.05	0.20	-0.09	0.87
Bélgica						
6/68	I	2.15	1.00	-1.18	-0.41	ND
1/73	D	-0.10	0.25	0.76	-0.11	-0.02
3/71	I	-0.52	-0.19	-0.66	-0.26	-0.90
12/81	D	-0.23	0.35	0.21	0.76	1.67
10/85	I	1.62	ND	0.63	ND	ND
Dinamarca						
10/71	I	1.76	ND	-0.41	ND	ND
12/73	D	-1.91	ND	2.22	ND	-1.43
2/75	I	2.73	1.02	-0.70	0.41	1.64
9/82	D	-0.30	-0.10	-0.36	0.52	-1.00
Estados Unidos						
11/68	D	-3.54	-2.81	1.14	0.29	ND
11/76	I	2.53	1.96	-1.55	-0.71	1.89
11/80	D	0.56	-1.37	-0.23	0.70	-2.22
Finlandia						
11/75	D	3.80	ND	2.01	ND	ND
5/77	I	4.63	0.68	-1.17	0.70	-1.48
Francia						
5/81	I	0.50	1.00	-0.46	-0.72	ND
Noruega						
10/71	I	1.22	ND	-0.01	ND	ND
10/72	D	-1.68	ND	0.40	ND	-2.05
10/73	I	4.80	1.47	-0.52	-0.17	0.58
10/81	D	0.07	-2.34	-0.22	-0.03	1.17
10/85	I	-0.43	ND	0.62	ND	ND
Países Bajos						
5/73	I	1.34	-0.08	0.31	0.32	ND
5/77	D	-1.50	0.24	-0.05	-0.72	-0.28
3/81	I	-0.64	ND	1.69	ND	0.90
11/82	D	1.14	0.07	-1.44	0.51	-0.76
Reino Unido						
6/70	D	2.02	0.58	0.15	0.42	ND
2/74	I	0.12	0.01	1.01	0.56	2.04
6/79	D	-3.08	-2.49	2.18	1.13	-3.17
Suecia						
10/76	D	-2.30	-1.05	1.00	0.26	ND
10/82	I	0.86	0.67	0.30	-0.17	0.43

-
- 2 gobiernos parlamentarios de coalición con tres o más miembros coaligados;
 - 3 gobiernos con minoría parlamentaria; (más detalles en R-S, 1988).

El índice de la primera columna del cuadro A2 asume los siguientes valores:

- 2 países con un índice acumulativo R-S de cero;
- 1 países con un índice acumulativo R-S de 1 a 10;
- 0 países con un índice acumulativo R-S de 11 a 15;
- 1 países con un índice acumulativo R-S de 16 a 20;
- 2 países con un índice acumulativo R-S superior a 20.

Se ha ampliado la muestra de países de Roubini y Sachs (1988) recurriendo a Banks (1987).

La columna 2 del cuadro A2 recoge un índice de cambio político importante de dictadura a democracia. Este índice asume los valores siguientes:

- 3 países que han experimentado al menos un cambio de régimen de dictadura a democracia (o viceversa);
- 0 otros países.

A los países con índice 3 en esta columna se les ha asignado arbitrariamente un índice 0 en la columna 1. Las columnas 1 y 2, consideradas conjuntamente, suponen que los países con una transición de dictadura a democracia son ligeramente más inestables que las democracias más inestables, según el índice R-S.

CUADRO A2

Composición de un índice de estabilidad política

	1	2	3	4	5	6	7	Total
	(R-S)	Dictadura	Elecciones exógenas	Partido comunista	Extrema derecha	Conflicto	No cambios	
Alemania	0	0	0	0	0	0	0	0
Australia	0	0	0	0	0	0	0	0
Austria	-1	0	0	0	0	0	0	-1
Bélgica	2	0	0	0	0	1	0	3
Canadá	-1	0	0	0	0	1	0	0
Dinamarca	2	0	0	0	0	0	0	2
España	0	3	0	1	1	1	0	6
Estados Unidos	-1	0	-1	0	0	0	0	-2
Finlandia	0	0	0	0	0	0	0	0
Francia	0	0	0	1	1	0	0	2
Grecia	0	3	0	1	1	1	0	6
Italia	2	0	0	1	1	0	0	4
Japón	-2	0	0	0	0	0	-1	-3
Noruega	0	0	-1	0	0	0	0	-1
Nueva Zelanda	0	0	0	0	0	0	0	0
Países Bajos	2	0	0	0	0	0	0	2
Portugal	0	3	0	1	1	0	0	5
Reino Unido	-2	0	0	0	0	1	0	-1
Suecia	1	0	-1	0	0	0	0	0
Suiza	-2	0	-1	0	0	0	-1	-4

La columna 3 recoge un índice de elecciones exógenas/endógenas. Esta columna asume los valores de:

- 1 países con un calendario electoral determinado exógenamente o que no han tenido elecciones anticipadas en el periodo muestra;

0 otros países.

La columna 4 refleja la existencia de un partido comunista importante. Este índice asume los valores de:

1 países con uno o más partidos comunistas políticamente significativos (según Banks, 1987);

0 otros países.

La columna 5 refleja la existencia de partidos significativos de extrema derecha. Este índice asume los valores:

1 países que tienen uno o más partidos de extrema derecha políticamente significativos (Banks, 1987);

0 otros países.

La columna 6 indica la existencia de conflicto étnico/regional. Este índice asume los siguientes valores:

1 países con conflictos étnico/regionales;

0 otros países.

La columna 7 distingue a los países sin cambio de orientación política de gobierno durante el periodo muestra. Este índice asume los siguientes valores:

-1 países sin cambios de orientación política del gobierno;

0 otros países.

El índice total de estabilidad (última columna del cuadro A2) aumenta con el grado de inestabilidad política. Dada la índole cualitativa de este índice, más que un ranking completo de estos países, se forman cuatro grupos basados en el total:

grupo 1		Total ≤	-3
grupo 2	0 ≥	Total ≥	-2
grupo 3	3 ≥	Total ≥	1
grupo 4		Total ≥	4

Referencias bibliográficas

- Alesina, A. (1987). "Macroeconomic Policy in a Two-Party System as a Repeated Game", *Quarterly Journal of Economics*.
- (1988a). "Macroeconomics and Politics", *NBER Macroeconomic Annual 1988*, MIT Press, Cambridge, Mass.
- (1988b). "Credibility and Policy Convergence in a Two-Party System With Rational Voters", *American Economic Review*.
- Alesina, A. and H. Rosenthal (1989). "Ideological Cycles in Congressional Elections and the Macroeconomy", *American Political Science Review*.
- Alesina, A. and J. Sachs (1988). "Political Parties and the Business Cycle in the United States, 1948-1984", *Journal of Money, Credit and Banking*.
- Alesina, A. and G. Tabellini (1987). "A Political Theory of Fiscal Deficits and Government Debt in a Democracy", NBER Working Paper No. 2308.
- Alt, J. (1985). "Political Parties, World Demand and Unemployment: Domestic and International Sources of Economic Activity", *American Political Science Review*.
- (1988). "New Wine in Old Bottles; Thatcher's Conservative Economic Policy", in F. Cooper, A. Kornberg and W. Mishler (eds.) *The Resurgence of Conservatism in Anglo-American Democracies*, Duke University Press, Durham.
- Bade, R. and M. Parkin (1985). "Central Bank Laws and Monetary Policy", unpublished.
- Banks, A. (1987). *Political Handbook of the World*.
- Barro, R. (1986). "Reputation in a Model of Monetary Policy with Incomplete Information", *Journal of Monetary Economics*.
- Barro, R. and D. Gordon (1983). "Rules, Discretion and Reputation in a Model of Monetary Policy", *Journal of Monetary Economics*.
- Blanchard, O. and L. Summers (1986). "Hysteresis and the European Unemployment Problem", *NBER Macroeconomic Annual*, MIT Press, Cambridge, Mass.

- Borooah, V. and F. Van der Ploeg (1983). *Political Aspects of the Economy*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Calvert, R. (1985). "Robustness of the Multidimensional Voting, Candidate Motivations, Uncertainty and Convergence", *American Journal of Political Science*.
- Cohen, D. (1988). "What Caused the Rise of Conservatism: A French View", *Economic Policy*.
- Cukierman, A. and A. H. Meltzer (1986). "A Positive Theory of Discretionary Policy, the Cost of a Democratic Government, and the Benefits of a Constitution", *Economic Inquiry*.
- Downs, A. (1957). *An Economic Theory of Democracy*. Harper and Row, New York.
- Fair, R. (1978). "The Effects of Economic Events on Votes for Presidents", *The Review of Economics and Statistics*.
- Fischer, S. (1987). "International Macroeconomic Policy Coordination", NBER Working Paper No. 2244.
- Frey, B. and F. Schneider (1978). "An Empirical Study of Politico-Economic Interaction in the United States", *The Review of Economics and Statistics*.
- Hansson, A. (1987). "Politics, Institutions and Cross-Country Inflation Differentials", unpublished.
- Hibbs, D. (1977). "Political Parties and Macroeconomic Policy", *The American Political Science Review*.
- (1987). *The American Political Economy*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Kiewiet, R. (1983). *Macroeconomics and Micropolitics*, University of Chicago Press, Chicago.
- Kramer, J. (1971). "Short Term Fluctuations in U.S. Voting Behaviour, 1896-1964", *American Political Science Review*.
- Kydland, F. and E. Prescott (1977). "Rules Rather than Discretion: The Inconsistency of Optimal Plans", *Journal of Political Economy*.
- Lohmann, S. (1987). "Domestic Political Competition and International Policy Coordination", unpublished.
- Masciandaro, D. and G. Tabellini (1988). "Fiscal Deficits and Monetary Institutions: A Comparative analysis", in H. Cheng, (ed.) *Challenges to Monetary Policy in the Pacific Basin Countries*, Kluwer Publishers.
- Minford, P. (1985). "Interest Rates and Bond Financed Deficits in a Ricardian Two-Party Democracy", CEPR Discussion Paper No. 79.
- Minford, P. and D. Peel (1982). "The Political Theory of the Business Cycle", *European Economic Review*.
- Monti, M. (1985). "Politica Monetaria Disinflazionistica E Assetto Istituzionale", *Rivista Mensile Di Economia*.
- Mueller, P. and R. Price (1985). "Structural Budget Indicators and the Interpretation of Fiscal Policy Stance in OECD Economies", OECD Working Paper.
- Neumann, M. J. M. and S. Lohmann (1987). "Political Business Cycles in Industrialized Democratic Countries: A Comment", *Kylos*.
- Nordhaus, W. (1975). "The Political Business Cycle", *Review of Economic Studies*.
- Paldam, M. (1978). "Is There an Electoral Cycle? A Comparative

- Study of National Accounts", *Scandinavian Journal of Economics*.
- Palfrey, T. (1984). "Spatial Equilibrium with Entry", *Review of Economic Studies*.
- Persson, T. and L. Svensson (1987). "Checks and Balances on the Government Budget", unpublished.
- Putnam, R. and N. Bayne (1987). *Hanging Together: Cooperation and Conflicts in the Seven Powers summits*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Rogoff, K. (1985a). "The Optimal Degree of Commitment to an Intermediate Monetary Target", *Quarterly Journal of Economics*.
- (1985b). "Can International Policy Cooperation be Counterproductive?", *Journal of International Economics*.
- (1987). "Equilibrium Political Budget cycles", NBER Working Paper No. 2428.
- Rogoff, K. and A. Sibert (1988). "Equilibrium Political Business cycles", *Review of Economic Studies*.
- Rose, R. (1980). *Do Parties Make A Difference?*, Chatham House, New York.
- Roubini, N. and J. Sachs (1988). "Political and Economic Determinants of Budget Deficits in the Industrial Democracies", NBER Working Paper No. 2628.
- Sachs, J. and C. Wyplosz (1985). "The Economic Consequences of President Mitterrand", *Economic Policy*.
- Schumpeter, J. A. (1942). *Capitalism, Socialism, and Democracy*, New York.
- Shepsle, K. and R. Cohen (1988). "Multiparty Competition, Entry and Entry Deterrence in Spatial Models of Elections", unpublished.
- Tabellini, G. (1987). "Domestic Politics and the International Coordination of Fiscal Policies", CEPR Working Paper.
- Tabellini, G. and A. Alesina (1988). "Voting on the Budget Deficit", CEPR Working Paper.
- Tufte, E. (1978). *Political Control of the Economy*, Princeton University Press, Princeton.
- Wittman, D. (1977). "Candidates with Policy Preferences: A Dynamic Model", *Journal of Economic Theory*.
- Woolley, J. (1984). *Monetary Politics*, Cambridge University Press, Cambridge.
-